

# Cartilla moral

libro al  
viento



Alfonso

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ  
SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTES  
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN  
FUNDACIÓN GILBERTO ALZATE AVENDAÑO

CARTILLA MORAL

ALFONSO REYES

FUNDACIÓN GILBERTO ALZATE AVENDAÑO

Reyes

# libro al viento



UNA CAMPAÑA DE FOMENTO  
A LA LECTURA CREADA POR  
LA SECRETARÍA DE CULTURA  
RECREACIÓN Y DEPORTE Y LA  
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN E  
IMPULSADA POR LA FUNDACIÓN  
GILBERTO ALZATE AVENDAÑO

---

Alcaldía Mayor de Bogotá

Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

Secretaría de Educación del Distrito

Fundación Gilberto Alzate Avendaño

Alfonso Reyes

---

CARTILLA MORAL

ACOMPAÑADA DE LOS ENSAYOS

*Mi idea de la Historia*

*Lo mexicano y lo universal*

Nota introductoria de Julio Paredes Castro

## **ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ**

Samuel Moreno Rojas

*Alcalde Mayor de Bogotá*

## **SECRETARÍA DISTRITAL DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE**

Catalina Ramírez Vallejo

*Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte*

## **FUNDACIÓN GILBERTO ALZATE AVENDAÑO**

Ana María Alzate Ronga

*Directora*

Julián David Correa Restrepo

*Gerente del Área de Literatura*

## **SECRETARÍA DE EDUCACIÓN DEL DISTRITO**

Carlos José Herrera Jaramillo

*Secretario de Educación*

Jaime Naranjo Rodríguez

*Subsecretario de Calidad y Pertinencia*

William René Sánchez Murillo

*Director de Educación Preescolar y Básica*

Sara Clemencia Hernández Jiménez

*Equipo de Lectura, Escritura y Oralidad*

© De esta edición, abril de 2010

Fundación Gilberto Alzate Avendaño, 2010

[www.fga.gov.co](http://www.fga.gov.co)

Fondo de Cultura Económica, México

Centzontle

D.R. © 2004, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D.F.

Todos los derechos reservados. Prohibida su  
reproducción total o parcial sin permiso del editor.

ISBN 978-958-8471-34-1

Asesor editorial: Julio Paredes Castro

Coordinadora de publicaciones: Pilar Gordillo

Diseño gráfico: Olga Cuéllar + Camilo Umaña

Impreso en Bogotá por la Subdirección Imprenta Distrital DDDI

CARTILLA MORAL

11

MI IDEA DE LA HISTORIA

49

LO MEXICANO Y LO UNIVERSAL

67



El escritor, editor, traductor y ensayista Alfonso Reyes nació en la ciudad de Monterrey, en el Estado de Nuevo León, México, en 1889 y murió en la ciudad de México en 1959 como consecuencia de una afección coronaria. Hijo del general Bernardo Reyes, importante figura pública y política del cambio de siglo durante el gobierno de Porfirio Díaz, y de la señora Aurelia Ochoa, Reyes pasó la infancia y la juventud entre las ciudades de Monterrey y Ciudad de México donde cursó los primeros estudios y en 1913 obtuvo el título de abogado en la Facultad de Derecho de México.

Entre 1909 y 1913 Alfonso Reyes fundaba, en compañía de otros escritores mexicanos, el “Ateneo de la Juventud”, publicaba su primer libro, “Cuestiones Estéticas”, y era nombrado secretario de la Escuela Nacional de Altos Estudios, antecedente de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde impartió la cátedra de “Historia de la Lengua y Literatura Españolas”. Daba entonces inicio, desde los comienzos de esa década, a una carrera literaria, periodística y de difusión cultural que se mantuvo activa hasta poco antes de su muerte y lo convertiría en una de las figuras centrales del pensamiento y la creación en América latina.

De manera simultánea, y con una primera designación como segundo secretario de la Legación de México en Francia entre 1913 y 1914, Alfonso Reyes sumaba a esta incansable actividad intelectual la de un prolongado oficio diplomático, tanto en Europa como en algunos países de América del Sur, que a la

postre sirvió para nutrir el contenido de una obra ensayística y literaria que no olvidó nunca la diversidad del mundo y sus habitantes.

A raíz de la violenta muerte de su padre, como consecuencia de su participación en la intentona de golpe de Estado contra el presidente Francisco Madero en 1913, Alfonso Reyes salía de México en 1914 hacia el exilio en España, donde permaneció hasta 1924. A pesar de la conmoción afectiva que le produjo el hecho, uno de los puntos de quiebre más importantes de su vida, los años en España consolidaron la carrera de Reyes y entre apuros económicos, en compañía de su esposa y su único hijo, se entregó por completo al periodismo y la literatura. Formó parte del Centro de Estudios Históricos de Madrid, que dirigía Ramón Menéndez Pidal, y colaboró de forma permanente con la *Revista de Filología Española*, la *Revista de Occidente* y de la *Revue Hispanique*, donde publicó numerosos trabajos sobre literatura española, en particular sobre la poesía del Siglo de Oro, así como sobre literatura clásica antigua y estética, redactando además varios textos de ensayo emblemáticos de su pensamiento, como el famoso “Visión de Anáhuac” de 1917.

Entre un vaivén de partidas y regresos, y antes de instalarse definitivamente en México desde 1939, Alfonso Reyes ocupó importantes cargos en el servicio diplomático de su país: Encargado de Negocios en España (1922-1924), Ministro plenipotenciario en Francia (1924-1927), Enviado extraordinario, ministro plenipotenciario y embajador en Buenos Aires, Argentina (1927-1930 y 1936-1937), ciudad donde entró en contacto con algunas de las figuras intelectuales argentinas más relevantes del momento, como Victoria Ocampo, Leopoldo Lugones y el escritor Jorge Luis Borges, entre otros, y, finalmente, embajador extraordinario y plenipotenciario en Brasil (1930-1936).

Resultaría muy difícil mencionar y sintetizar aquí la cantidad de nombramientos, reconocimientos, condecoraciones, títulos honorarios

y premios nacionales e internacionales que Alfonso Reyes recibió durante las dos siguientes décadas antes de su muerte. Imposible también enumerar en este espacio los títulos de una obra escrita múltiple, entre la que se cuentan además sus oficios de editor y traductor de autores clásicos, que incluyeron nombres como Homero y Antón Chéjov, para mencionar sólo dos puntos de referencia del alcance erudito de Alfonso Reyes. Sin duda, fue lo que llevó al escritor argentino Jorge Luis Borges a calificarlo como el “primer escritor y el primer lector” de América Latina, el “primer hombre de letras” guiado por la convicción de reflexionar sobre la identidad cultural y el pasado, no sólo de México, sino del continente americano, así algunos de los críticos nacionalistas consideraran también que Reyes escribió más de los griegos que de los aztecas.

Convencido de las virtudes de la educación secular, de los proyectos culturales nacionales y de la vinculación social del escritor, Alfonso Reyes participó directamente en el llamado “proyecto civilizador”, vinculado a la campaña de alfabetización impulsada por la Secretaría de Educación Pública de México, con la redacción y publicación en 1944 de la *Cartilla moral*, texto que ahora tiene en sus manos el lector de *Libro al viento*. Presentado a manera de catorce “lecciones”, *Cartilla moral* tenía la intención de guiar y defender los preceptos de la convivencia colectiva, con una vigencia que aún sorprende y trazados bajo la retórica de una ética laica, que abarcara las nociones básicas de “sociología, antropología, política o educación cívica, higiene y urbanidad”, destinadas al adulto en proceso de alfabetización, así como al niño, según las propias palabras de Alfonso Reyes en el Prefacio.

Como complemento a las ideas expuestas por Reyes en la *Cartilla moral*, el lector encontrará dos ensayos que, a pesar de tener en principio un carácter específicamente “mexicano”, poseen igual la naturaleza de un pensamiento que pretendía abarcar el espíritu del habitante ame-

ricano: el primero titulado “Mi idea de la historia”, texto leído por Alfonso Reyes en el Primer Congreso de Historiadores de México y Estados Unidos de 1949, y, el segundo “Lo mexicano y lo universal”, fechado el 30 de mayo de 1932 en la ciudad de Río de Janeiro, Brasil.

El paso del tiempo le dará una nueva perspectiva al lector actual de estos textos, pero no sobra insistir en que fueron parte del anhelo general por imprimirle una nueva expresión al idioma y, en particular, a las preocupaciones de un autor que, como dijo su contemporáneo, el escritor y ensayista dominicano Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), su preocupación central fue la de “no saber nada a medias”.

# CARTILLA MORTAL



## PREFACIO

ESTAS LECCIONES fueron preparadas al iniciarse la «campana alfabética» y no pudieron aprovecharse entonces. Están destinadas al educando adulto, pero también son accesibles al niño. En uno y otro caso suponen la colaboración del preceptor, sobre todo por la multiplicación de ejemplos que las hubieran alargado inútilmente. Dentro del cuadro de la moral, abarcan nociones de sociología, antropología, política o educación cívica, higiene y urbanidad.

Se ha insistido en lo explicativo, dejando de lado el enojoso tono exhortatorio, que hace tan aburridas las lecturas morales. No tenía objeto dictar los preceptos como en el catecismo, pues son conocidos de todos. Se procura un poco de amenidad, pero con medida para no desvirtuar el carácter de estas páginas.

Se deslizan de paso algunas citas y alusiones que vayan despertando el gusto por la cultura y ayuden a perder el miedo a los temas clásicos, base indispensable de nuestra educación y en los que hoy importa insistir cada vez más.

Se ha establecido un armazón o sistema que dé coherencia al conjunto; pero se ha disimulado esta trabazón para no torturar con esfuerzos excesivos la mente de los lectores.

Bajo la expresión más simple que fue dable encontrar, se han tocado, sin embargo, los problemas de mayor tradición en la filosofía ética, dando siempre por supuesto que nos dirigimos a hombres

normales y no a deficientes. El constante error del intermediario consiste en suponer al consumidor más candoroso de lo que es.

Se ha usado el criterio más liberal, que a la vez es laico y respetuoso para las creencias.

La brevedad de cada lección responde a las indicaciones que se nos dieron. Dentro de esta brevedad se procuró, para el encanto visual y formal –parte de la educación–, cierta simetría de proporciones.

Las frases son sencillas; pero se procura que se relacionen ya unas con otras, para ir avezando al lector en el verdadero discurso y en el tejido de los conceptos. Pues a estos ejercicios llega el analfabeto cuando ya ha dejado de serlo. La poesía que se cita al final de la Primera Parte es útil en este sentido (amén de su valor moral y poético), por estar fraseada en trozos paralelos, cuya consecuencia sólo se desata en los dos versos últimos. Es un buen ejercicio de suspensión del argumento, sin ser por eso nada difícil. Conviene que el preceptor la lea en voz alta antes de darla a leer al discípulo.

México, 1944

## LECCIÓN I

EL HOMBRE debe educarse para el bien. Esta educación, y las doctrinas en que ella se inspira constituyen la moral o ética. (La palabra «moral» procede del latín; la palabra «ética» procede del griego.) Todas las religiones contienen también un cuerpo de preceptos morales, que coinciden en lo esencial. La moral de los pueblos civilizados está toda contenida en el Cristianismo. El creyente hereda, pues, con su religión, una moral ya hecha. Pero el bien no sólo es obligatorio para el creyente, sino para todos los hombres en general. El bien no sólo se funda en una recompensa que el religioso espera recibir en el cielo. Se funda también en razones que pertenecen a este mundo. Por eso la moral debe estudiarse y aprenderse como una disciplina aparte.

Podemos figurarnos la moral como una Constitución no escrita, cuyos preceptos son de validez universal para todos los pueblos y para todos los hombres. Tales preceptos tienen por objeto asegurar el cumplimiento del bien, encaminando a este fin nuestra conducta.

El bien no debe confundirse con nuestro interés particular en este o en el otro momento de nuestra vida. No debe confundirse con nuestro provecho, nuestro gusto o nuestro deseo. El bien es un ideal de justicia y de virtud que puede imponernos el sacrificio de nuestros anhelos, y aun de nuestra felicidad o de nuestra vida. Pues es algo como una felicidad más amplia y que abarcase

a toda la especie humana, ante la cual valen menos las felicidades personales de cada uno de nosotros.

Algunos han pensado que el bien se conoce sólo a través de la razón, y que, en consecuencia, no se puede ser bueno si, al mismo tiempo, no se es sabio. Según ellos, el malo lo es por ignorancia. Necesita educación.

Otros consideran que el bien se conoce por el camino del sentimiento y, como la caridad, es un impulso del buen corazón, compatible aun con la ignorancia. Según ellos, el malo lo es por mala inclinación. Necesita redención.

La verdad es que ambos puntos de vista son verdaderos en parte, y uno a otro se completan. Todo depende del acto bueno de que se trate. Para dar de beber al sediento basta tener buen corazón, ¡y agua! Para ser un buen ciudadano o para sacar adelante una familia hay que tener, además, algunos conocimientos.

Aquí, como en todo, la naturaleza y la educación se completan. Donde falta la materia prima, no puede hacerse la obra. Pero tampoco puede hacerse donde hay materia y falta el arte. Los antiguos solían decir: «Lo que natura no da, Salamanca no lo presta». Se referían a la Universidad de Salamanca, famosa en la España de los siglos XVI y XVII, y querían decir que, si se es estúpido, poco se aprende con el estudio. Casi lo mismo hay que decir con respecto al bien. Pero, por fortuna, el malo por naturaleza es educable en muchos casos y, por decirlo así, aprende a ser bueno. Por eso el filósofo griego Aristóteles aconsejaba la «ejercitación en la virtud para hacer virtuosos» (ethismos).

## LECCIÓN II

EL HOMBRE tiene algo de común con los animales y algo de exclusivamente humano. Estamos acostumbrados a designar lo uno y lo otro, de cierta manera fácil, con los nombres de cuerpo y alma, respectivamente. Al cuerpo pertenece cuanto en el hombre es naturaleza; y al alma, cuanto en el hombre es espíritu.

Esto nos aparece a todos como evidente, aun cuando se reconozca que hay dificultad en establecer las fronteras entre los dos campos.

Algunos dicen que todo es materia; otros, que todo es espíritu. Algunos insisten en que cuerpo y alma son dos manifestaciones de alguna cosa única y anterior. Aquí nos basta reconocer que ambas manifestaciones son diferentes.

Luego se ve que la obra de la moral consiste en llevarnos desde lo animal hasta lo puramente humano. Pero hay que entenderlo bien. No se trata de negar lo que hay de material y de natural en nosotros, para sacrificarlo de modo completo en aras de lo que tenemos de espíritu y de inteligencia. Esto sería una horrible mutilación que aniquilaría a la especie humana. Si todos ayunáramos hasta la tortura, como los ascetas y los fakires, acabaríamos por suicidarnos.

Lo que debe procurarse es una prudente armonía entre cuerpo y alma. La tarea de la moral consiste en dar a la naturaleza lo suyo sin exceso, y sin perder de vista los ideales dictados por la

conciencia. Si el hombre no cumple debidamente sus necesidades materiales se encuentra en estado de ineptitud para las tareas del espíritu y para realizar los mandamientos del bien.

Advertimos, pues, que hay siempre algo de tacto, de buen sentido en el manejo de nuestra conducta; algo de equilibrio y de proporción. Ni hay que dejar que nos domine la parte animal en nosotros, ni tampoco debemos destrozar esta base material del ser humano, porque todo el edificio se vendría abajo.

Hay momentos en que necesitamos echar mano de nuestras fuerzas corporales, aun para los actos más espirituales o más orientados por el ideal. Así en ciertos instantes de bravura, arrojo y heroicidad.

Hay otros momentos en que necesitamos de toda nuestra inteligencia para poder atender a las necesidades materiales. Así cuando, por ejemplo, nos encontráramos sin recursos, en medio de una población extranjera que no entendiese nuestro lenguaje, y a la que no supiésemos qué servicio ofrecer a cambio del alimento que pedimos.

De modo que estos dos gemelos que llevamos con nosotros, cuerpo y alma, deben aprender a entenderse bien. Y mejor que mejor si se realiza el adagio clásico: «Alma sana en cuerpo sano».

Añádase que todo acto de nuestra conducta se nos presenta como «disyuntiva», es decir: hacer esto o hacer lo otro. Y ahora entenderemos lo que quiso decir Platón, el filósofo griego, cuando comparaba al hombre con un cochero obligado a poner de acuerdo el trote de dos caballos.

### LECCIÓN III

LA VOLUNTAD moral trabaja por humanizar más y más al hombre, levantándolo sobre la bestia, como un escultor que, tallando el bloque de piedra, va poco a poco sacando de él una estatua. No todos tenemos fuerzas para corregirnos a nosotros mismos y procurar mejorarnos incesantemente a lo largo de nuestra existencia; pero esto sería lo deseable. Si ello fuera siempre posible, el progreso humano no sufriría esos estancamientos y retrocesos que hallamos en la historia, esos olvidos o destrozos de las conquistas ya obtenidas.

En la realidad, el progreso humano no siempre se logra, o sólo se consigue de modo aproximado. Pero ese progreso humano es el ideal a que todos debemos aspirar, como individuos y como pueblos.

Las palabras «civilización» y «cultura» se usan de muchos modos. Algunos entienden por «civilización» el conjunto de conquistas materiales, descubrimientos prácticos y adelantos técnicos de la humanidad. Y entienden por «cultura» las conquistas semejantes de carácter teórico o en el puro campo del saber y del conocimiento. Otros lo entienden al revés. La verdad es que ambas cosas van siempre mezcladas. No hubiera sido posible, por ejemplo, descubrir las útiles aplicaciones de la electricidad o la radiodifusión sin un caudal de conocimientos previos; y, a su vez, esas aplicaciones han permitido adquirir otras nociones teóricas.

En todo caso, civilización y cultura, conocimientos teóricos y aplicaciones prácticas nacen del desarrollo de la ciencia; pero las inspira la voluntad moral o de perfeccionamiento humano. Cuando pierden de vista la moral, civilización y cultura degeneran y se destruyen a sí mismas. Las muchas maravillas mecánicas y químicas que aplica la guerra, por ejemplo, en vez de mejorar la especie, la destruyen. Nobel, sabio sueco inventor de la dinamita, hubiera deseado que ésta sólo se usara para la ingeniería y las industrias productivas, en vez de usarse para matar hombres. Por eso, como en prenda de sus intenciones, instituyó un importante premio anual que se adjudica al gobernante o estadista que haya hecho más por la paz del mundo.

Se puede haber adelantado en muchas cosas y, sin embargo, no haber alcanzado la verdadera cultura. Así sucede siempre que se olvida la moral. En los individuos y en los pueblos, el no perder de vista la moral significa dar a todas las cosas su verdadero valor, dentro del conjunto de los fines humanos. Y el fin de los fines es el bien, el blanco definitivo a que todas nuestras acciones apuntan.

De este modo se explica la observación hecha por un filósofo que viajaba por China a fines del siglo XIX. «El chino –decía– es más atrasado que el europeo; pero es más culto, dentro del nivel y el cuadro de su vida.» La educación moral, base de la cultura, consiste en saber dar sitio a todas las nociones: en saber qué es lo principal, en lo que se debe exigir el extremo rigor; qué es lo secundario, en lo que se puede ser tolerante; y qué es lo inútil, en lo que se puede ser indiferente. Poseer este saber es haber adquirido el sentimiento de las categorías.

## LECCIÓN IV

LA APRECIACIÓN del bien, objeto de la moral, supone el acatamiento de una serie de respetos, que vamos a estudiar en las siguientes lecciones. Estos respetos equivalen a los «mandamientos» de la religión. Son inapelables; no se los puede desoír sin que nos lo reproche la voz de la conciencia, instinto moral que llevamos en nuestro ser mismo. Tampoco se los cumple para obtener esta o la otra ventaja práctica, o para ganar este o el otro premio. Su cumplimiento trae consigo una satisfacción moral, que es la verdadera compensación en el caso.

Ahora bien, la humanidad no podría subsistir sin obediencia a los respetos morales. En la inmensa mayoría de los casos, el solo hecho de obrar bien nos permite ser más felices dentro de la sociedad en que vivimos. Esto bien puede considerarse como una ventaja práctica, comparable a esos premios que las asociaciones benéficas o los periódicos conceden a quienes han hecho algún acto eminente de virtud: el que devuelve la cartera perdida, llena de billetes de banco; el que salva a un naufrago, etcétera.

Sin embargo, la moral está muy por encima de estas satisfacciones exteriores. A veces, su acción va directamente en contra de nuestra conveniencia. Si un conductor de auto atropella a un peatón en un camino desierto, y lo deja privado de conocimiento, lo más conveniente y ventajoso para él, desde un punto de vista inmediato, es escapar cuanto antes y no contar a nadie lo sucedido.

Pero el instinto moral o la educación moral le ordenan asistir a su víctima, dar cuenta a la policía y someterse a las sanciones de la ley, aunque esto sea para él lo menos cómodo. Esta vigilancia interior de la conciencia aun nos obliga, estando a solas y sin testigos, a someternos a esa Constitución no escrita y de valor universal que llamamos la moral.

Reconocemos así un bien superior a nuestro bien particular e inmediato. En este reconocimiento se fundan la subsistencia de la especie, la perduración de la sociedad, la existencia de los pueblos y de los hombres. Sin este sentimiento de nuestros deberes, nos destruiríamos unos a otros, o sólo viviríamos como los animales gregarios. Éstos, aunque sin conciencia humana, se ven protegidos en su asociación por ciertos impulsos naturales de simpatía, por lo que se llama «conciencia de la especie». Pero siempre siguen siendo animales, porque, a diferencia del hombre, carecen de la voluntad moral de superación.

## LECCIÓN V

LOS RESPETOS que hemos considerado como mandamientos de la moral pueden enumerarse de muchos modos. Los agruparemos de la manera que nos parece más adecuada para recordarlos de memoria, desde el más individual hasta el más general, desde el más personal hasta el más impersonal. Podemos imaginarlos como una serie de círculos concéntricos. Comenzamos por el interior y cada vez vamos tocando otro círculo más amplio.

Lo primero es el respeto que cada ser humano se debe a sí mismo, en cuanto es cuerpo y en cuanto es alma. A esto se refiere el sentimiento de la dignidad de la persona. Todos los hombres son igualmente dignos, en cuanto a su condición de hombres, así como todos deben ser iguales ante la ley. El hombre debe sentirse depositario de un tesoro, en naturaleza y en espíritu, que tiene el deber de conservar y aumentar en lo posible. Cada uno de nosotros, aunque sea a solas y sin testigos, debe sentirse vigilado por el respeto moral y debe sentir vergüenza de violar este respeto. El uso que hagamos de nuestro cuerpo y de nuestra alma debe corresponder a tales sentimientos.

Esto no significa que nos avergoncemos de las necesidades corporales impuestas por la naturaleza, sino que las cumplamos con decoro, aseo y prudencia. Esto no significa que nos consideremos a nosotros mismos con demasiada solemnidad, porque ello esteriliza el espíritu, comienza por hacernos vanidosos y acaba por

volvernos locos. También es muy peligroso el entregarse a miedos inútiles, error más frecuente de lo que parece y signo de fatiga nerviosa. Una de sus formas más dañinas es el miedo a la libertad y a las hermosas responsabilidades que ella acarrea. El descanso, el esparcimiento y el juego, el buen humor, el sentimiento de lo cómico y aun la ironía, que nos enseña a burlarnos un poco de nosotros mismos, son recursos que aseguran la buena economía del alma, el buen funcionamiento de nuestro espíritu. La capacidad de alegría es una fuente del bien moral. Lo único que debemos vedarnos es el desperdicio, la bajeza y la suciedad.

De este respeto a nosotros mismos brotan todos los preceptos sobre la limpieza de nuestro cuerpo, así como todos los preceptos sobre la limpieza de nuestras intenciones y el culto a la verdad. La manifestación de la verdad aparece siempre como una declaración ante el prójimo, pero es un acto de lealtad para con nosotros mismos.

Se ha dicho que la buena presencia es ya de por sí la mejor recomendación. Lo mismo puede decirse de la buena fe. Pero la limpieza de cuerpo y alma de que ahora tratamos no ha de procurarse por cálculo y para quedar bien con los demás; sino desinteresadamente, y para nuestra solitaria satisfacción moral.

Los antiguos griegos, creadores del mundo cultural y moral en que todavía vivimos, llamaban *aidós* a este sentimiento de la propia dignidad; y le llamaban *némesis* al sentimiento de justa indignación ante las indignidades ajenas (y no a la «venganza», como suele decirse). Estos dos principios del *aidós* y la *némesis* son el fundamento exterior de las sociedades. Si esto conduce a la necesidad de la ley y sus sanciones, aquello conduce al sentimiento de la vergüenza. Si la ley tiene un valor general, la vergüenza

opera como una energía individual. Pero todavía la vergüenza parece sernos impuesta desde afuera. El Cristianismo insistió en añadir a ese sentimiento de la vergüenza, característico del mundo pagano, el sentimiento mucho más íntimo de la culpa, el coraje de reconocer y rectificar los propios errores morales, aun cuando no tengan testigos.

## LECCIÓN VI

DESPUÉS DEL RESPETO a la propia persona, corresponde examinar el respeto a la familia: mundo humano que nos rodea de modo inmediato.

La familia es un hecho natural y puede decirse que, como grupo perdurable, es característico de la especie humana. Los animales, entregados a sí mismos y no obligados por la domesticidad, crean familias transitorias y sólo se juntan durante el celo o la cría de la prole. Por excepción, se habla de cierta extraña superioridad de los coyotes, que tienden a juntarse por parejas para toda la vida.

La familia estable humana rebasa los límites mínimos del apetito amoroso y la cría de los hijos. Ello tiene consecuencias morales en el carácter del hombre, y reconoce una razón natural: entre todas las criaturas vivas comparables al hombre, llamadas animales superiores, el hombre es el que tarda más en desarrollarse y en valerse solo, para disponer de sus manos, andar, comer, hablar, etcétera. Por eso necesita más tiempo el auxilio de sus progenitores. Y éstos acaban por acostumbrarse a esta existencia en común que se llama hogar.

La mayor tardanza en el desarrollo del niño comparado con el animal no es una inferioridad humana. Es la garantía de una maduración más profunda y delicada, de una «evolución» más completa. Sin ella, el organismo humano no alcanzaría ese extraordinario afinamiento nervioso que lo pone por encima de

todos los animales. La naturaleza, como un artista, necesita más tiempo para producir un artículo más acabado.

El hombre, al nacer, es ya parte de una familia. Las familias se agruparon en tribus. Éstas, en naciones más o menos organizadas, y tal es el origen de los pueblos actuales. De modo que la sociedad o compañía de los semejantes tiene para el hombre el mismo carácter necesario que su existencia personal. No hay persona sin sociedad. No hay sociedad sin personas. Esta compañía entre los seres de la especie es para el hombre un hecho natural o espontáneo. Pero ya la forma en que el grupo se organiza, lo que se llama el Estado, es una invención del hombre. Por eso cambia y se transforma a lo largo de la historia: autocracia, aristocracia, democracia; monarquía absoluta, monarquía constitucional, república, unión soviética, etcétera.

Con la vida en común de la familia comienzan a aparecer las obligaciones recíprocas entre las personas, las relaciones sociales; los derechos por un lado y, por el otro, los deberes correspondientes. Pues, en la vida civilizada, por cada derecho o cosa que podemos exigir existe un deber o cosa que debemos dar. Y este cambio o transacción es lo que hace posible la asociación de los hombres.

Sobre el amor que une a los miembros de la familia no vale la pena extenderse, porque es sentimiento espontáneo, sólo perturbado por caso excepcional. En cuanto al respeto, aunque es de especie diferente, lo mismo debe haberlo de los hijos para con los padres y de los padres para con los hijos, así como entre los hermanos.

El hogar es la primera escuela. Si los padres, que son nuestros primeros y nuestros constantes maestros, se portan indignamente a nuestros ojos, faltan a su deber; pues nos dan malos ejemplos, lejos de educarnos como les corresponde. De modo que el res-

peto del hijo al padre no cumple su fin educador cuando no se completa con el respeto del padre al hijo. Lo mismo pasa entre hermanos mayores y menores. La familia es una escuela de mutuo perfeccionamiento. Y el acatamiento que el menor debe al mayor, y sobre todo el que el hijo debe a sus padres, no es mero asunto sentimental o místico; sino una necesidad natural de apoyarse en quien nos ayuda, y una necesidad racional de inspirarse en quien ya nos lleva la delantera.

## LECCIÓN VII

NUESTRA EXISTENCIA no sólo se desenvuelve dentro del hogar. Pronto empezamos a tratar con amigos de la casa, vecinos, maestros, compañeros de escuela. Y cuando pasamos de niños a hombres, con jefes, compañeros de trabajo, subordinados, etcétera. De modo que nuestra existencia transcurre en compañía de un grupo de hombres, entre la gente.

Esta gente puede estar repartida en muchos lugares, y hasta puede ser que unos grupos no conozcan a los otros. Pero todos ellos se juntan en nuestra persona, por el hecho de que nosotros tratamos con unos y otros. Así, las personas con quienes trabajo durante la semana no conocen a las personas que encuentro en una pensión campestre donde paso los domingos. Pero unos y otros son mi compañía humana. Hay también personas a quienes sólo encuentro de paso, en la calle, una vez en la vida. También les debo el respeto social.

Esta compañía humana es mi sociedad. Mi sociedad no es más que una parte de la sociedad humana total. Esta sociedad total es el conjunto de todos los hombres. Y aunque todos los hombres nunca se juntan en un sitio, todos se parecen lo bastante para que pueda hablarse de ellos como de un conjunto de miembros semejantes entre sí y diferentes de los demás grupos de seres vivos que habitan la tierra.

Pues bien: en torno al círculo del respeto familiar se extiende el

círculo del respeto a mi sociedad. Y lo que se dice de mi sociedad puede decirse del círculo más vasto de la sociedad humana en general. Mi respeto a la sociedad, y el de cada uno de sus miembros para los demás, es lo que hace posible la convivencia de los seres humanos.

El problema de la política es lograr que esta convivencia sea lo más justa y feliz, tanto dentro de cada nación como entre unas y otras naciones. Las naciones, en su conducta de unas para con las otras, pueden imaginarse como unas personas más amplias que las humanas, pero que debieran gobernarse conforme a iguales principios de bien y de justicia.

La subsistencia de la sociedad es indispensable a la subsistencia de cada ser humano y de la especie humana en general. Los respetos sociales son de varias categorías, según sean más o menos indispensables a la subsistencia de la sociedad. Se procura, pues, impedir las violaciones contra esos respetos; y si las violaciones ya han acontecido se las castiga para que no se repitan. Esto establece, frente al sistema de respetos, un sistema de sanciones para en caso de violación. Y sólo así se logra la confianza en los respetos, sin la cual la sociedad sería imposible.

El primer grado o categoría del respeto social nos obliga a la urbanidad y a la cortesía. Nos aconseja el buen trato, las maneras agradables; el sujetar dentro de nosotros los impulsos hacia la grosería; el no usar del tono violento y amenazador sino en último extremo; el recordar que hay igual o mayor bravura en dominarse a sí mismo que en asustar o agraviar al prójimo; el desconfiar siempre de nuestros movimientos de cólera, dando tiempo a que se remansen las aguas.

La sanción contra la violación de este respeto se entrega a la

opinión pública. Se manifiesta en la desestimación que rodea a la gente grosera. Pero el cortés y urbano recibe una compensación inmediata y de carácter doble; dentro de sí mismo, cumple la voluntad moral de superación, encaminándose de la bestia al hombre; fuera de sí mismo, acaba por hacerse abrir todas las puertas.

La buena disposición para con el prójimo es un sentimiento relacionado con los anteriores. Un mexicano –educado en las buenas tradiciones de nuestra cortesía– solía decir siempre:

–Cuando una mano se alarga para pedirme algo, pienso que esa mano puede ser, mañana, la que me ofrezca un vaso de agua en mitad del desierto.

## LECCIÓN VIII

EL PRIMER grado del respeto social se refería a la sociedad en general, a la convivencia de ser dueño de sí mismo y, en lo posible, agradable y solícito al prójimo. El segundo grado del respeto social se refiere ya a la sociedad organizada en Estado, en gobierno con sus leyes propias.

Este grado es el respeto a la ley. Asume, a su vez, varias categorías. Las sanciones contra las violaciones respectivas ya no se dejan a la mera opinión pública. Son verdaderos castigos: indemnización, multa, destitución, destierro, prisión, trabajos forzados, pena de muerte, etcétera, según las leyes de cada país y la gravedad del acto violatorio. Y es que, en este grado, las contravenciones o violaciones del respeto son más peligrosas para la sociedad.

Éste es el campo del Derecho, o de la vida jurídica. El Derecho procura establecer la justicia en todos los tratos y compromisos entre los hombres.

La igualdad ante el Derecho es una de las más nobles conquistas del hombre. El que comete una falta o un delito debe sufrir igual pena, sea débil o poderoso, pobre o rico. Pero, a mayor altura de la persona, toca mayor responsabilidad, por concepto de agravante. Por ejemplo, la traición de un soldado y la de un general sufren igual pena. Pero, ante nuestro juicio moral, la del general es todavía peor que la del soldado.

El campo de la ley puede imaginarse como un grado más so-

lemne del campo de la conducta. Un descuido en las buenas formas nada más causa disgusto. La falta de amor y respeto entre los miembros de una familia es, para éstos, una desgracia, y para los extraños, un motivo de repugnancia; nada más. Pero una agresión física, un robo, un asesinato, son ya objeto de castigos y penas. En este sentido, toda violación de la ley es también de la moral; pero hay violaciones morales que no llegan a ser violaciones jurídicas. Claro es que hay también algunas prescripciones jurídicas, de carácter más bien administrativo, que son moralmente indiferentes. No registrar un invento es un descuido, pero no una inmoralidad.

Así, se establecen los distintos niveles del Derecho, o sea los distintos caracteres de los respetos que la ley asegura mediante sanciones. Depositar en el buzón una carta sin franqueo causa una multa mínima, que bien puede negarse a pagar el interesado, aunque renunciando a su carta. Violar un contrato ya supone indemnizaciones. Disponer de la propiedad ajena, agredir o matar al prójimo, penas mayores, que van de la multa a la prisión perpetua o a la muerte.

La forma misma del Estado, la Constitución, que es la ley de todas las demás leyes, se considera como emanación de la voluntad del pueblo en la doctrina democrática. Está previsto en este código fundamental el medio para modificarlo de acuerdo con el deseo del pueblo, expresado a través de sus representantes.

Cuando el gobierno (que no es lo mismo que la ley) comienza a contravenir las leyes, o a desoír los anhelos de reforma que el pueblo expresa, sobrevienen las revoluciones. Estos hechos históricos no son delitos en sí mismos, aun cuando en la práctica se los trate como tales cuando las revoluciones son vencidas. Lo que pasa es que puede haber revoluciones justas e injustas. Y también

es evidente que los actos de violencia con que se hacen las guerras civiles son, en sí mismos, indeseables en estricta moral, francamente censurables en unos casos y netamente delictuosos en otros, ora provengan de la revolución o del gobierno.

## LECCIÓN IX

LA NACIÓN, la patria, no se confunde del todo con el estado. el estado mexicano, desde la independencia, ha cambiado varias veces de forma o de Constitución. Y siempre ha sido la misma patria. El respeto a la patria va acompañado de ese sentimiento que todos llevamos en nuestros corazones y se llama patriotismo: amor a nuestro país, deseo de mejorarlo, confianza en sus futuros destinos.

Este sentimiento debe impulsarnos a hacer por nuestra nación todo lo que podamos, aun en casos en que no nos lo exijan las leyes. Al procurar nuestras legítimas ventajas personales no hemos de perder de vista lo que debemos al país, ni a la sociedad humana en conjunto. Y en caso de conflicto, el bien más amplio debe triunfar sobre el bien más particular y limitado.

En esta división del trabajo que es toda la existencia humana, nuestro primer paso, y a veces el único que podemos dar, en bien de la humanidad en general, es servir a la patria. De modo que este deber no se opone a la solidaridad humana, antes la hace posible y la refuerza.

Cuando hay lucha entre las naciones, lo que no pasa de ser una desgracia causada por las imperfecciones humanas, nuestro deber está al lado de la propia patria, por la que tendremos que luchar y aun morir. Cuando hay armonía y entendimiento debemos sentirnos, en todos los demás países, como unos embajadores no oficiales del nuestro. Debemos conducirnos teniendo en cuenta

que los extranjeros juzgarán de todo nuestro pueblo según como a nosotros nos vean portarnos.

El progreso moral de la humanidad será mayor cuanto mayor sea la armonía entre todos los pueblos. La paz es el sumo ideal moral. Pero la paz, como la democracia, sólo puede dar todos sus frutos donde todos la respetan y aman.

Mientras haya un solo país que tenga ambiciones sobre los demás y se arme con miras a la conquista, el verdadero pacifismo consiste en crear alianzas y armarse para evitar semejantes delitos internacionales.

De modo parecido, cuando, en el seno de un país libre, los enemigos de la libertad atacan esta libertad valiéndose de las mismas leyes que les permiten expresar sus ideas aviesas, el espíritu de la libertad exige que se les castigue.

El bien moral y todas las conquistas humanas serían efímeras si la maldad tuviera el derecho de oponerse a ellos y de predicar contra ellos todos los días.

La patria es el campo natural donde ejercitamos todos nuestros actos morales en bien de la sociedad y de la especie. Se ha dicho que quien ignora la historia patria es extranjero en su tierra. Puede añadirse que quien ignora el deber patrio es extranjero en la humanidad.

## LECCIÓN X

TODOS LOS RESPETOS de que hemos hablado, mandamientos de la moral, significan un vaivén de influencias que se resume en aquel eterno principio: «No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan».

Así, el respeto de la propia persona obliga al respeto para el prójimo. El respeto a la propia familia obliga al respeto de los lazos familiares entre los demás. El respeto al propio país lleva al respeto para los demás países. Y todo ello se suma en el respeto general de la sociedad humana.

Estos respetos conducen de la mano a lo que podemos llamar el respeto a la especie humana: amor a sus adelantos ya conquistados, amor a sus tradiciones y esperanzas de mejoramiento.

Las tradiciones no deben confundirse con las meras cosas ya sucedidas, pues también suceden cosas malas. La moral enseña a distinguir las buenas: sólo éstas constituyen tradición respetable.

Las esperanzas de mejora humana no deben confundirse con las quimeras. Y aquí no es el criterio moral sino la inteligencia y la cultura las que nos ayudan a distinguir. Esperar que al hombre le nazcan alas es absurdo. Pero ayudar al descubrimiento de la aviación o tener confianza en la ciencia que lo procuraba fue perfectamente legítimo.

Ahora bien: si consideramos a la especie humana en conjunto, vemos que ella se caracteriza por el trabajo encaminado hacia la

superación. El animal sólo trabaja para conservarse. El hombre, para conservarse y superarse. Nunca se conforma el hombre con lo que ya encuentra. Siempre añade algo, fruto de su esfuerzo.

Pues bien: el respeto a nuestra especie se confunde casi con el respeto al trabajo humano. Las buenas obras del hombre deben ser objeto de respeto para todos los hombres. Romper un vidrio por el gusto de hacerlo, destrozar un jardín, pintarrajar las paredes, quitarle un tornillo a una máquina, todos éstos son actos verdaderamente inmorales. Descubren, en quien los hace, un fondo de animalidad, de inconsciencia que lo hace retrogradar hasta el mono. Descubren en él una falta de imaginación que le impide recordar todo el esfuerzo acumulado detrás de cada obra humana.

Hay ciudades en que la autoridad se preocupa de recoger todos esos desperdicios de la vida doméstica que confundimos con la basura: cajas, frascos, tapones, tuercas, recortes de papel, etcétera. Esto debiera hacerse siempre y en todas partes. No sólo como medida de ahorro en tiempo de guerra, sino por deber moral, por respeto al trabajo humano que representa cada uno de esos modestos artículos. De paso, ganaría con ello la economía. Pues no hay idea de todo lo que desperdiciamos y dejamos abandonado a lo largo de veinticuatro horas, y que puede servir otra vez aunque sea como materia prima. Y el desperdicio es también una inmoralidad.

## LECCIÓN XI

EL MÁS IMPERSONAL de los respetos morales, el círculo más exterior de los círculos concéntricos que acabamos de recorrer es el respeto a la naturaleza. No se trata ya de la naturaleza humana, de nuestro cuerpo, etcétera; sino de la naturaleza exterior al hombre. A algunos hasta parecerá extraño que se haga entrar en la moral el respeto a los reinos mineral, vegetal y animal. Pero debe recordarse que estos reinos constituyen la morada humana, el escenario de nuestra vida.

El gran poeta mexicano Enrique González Martínez dice:

... Y quitarás, piadoso, tu sandalia,  
para no herir las piedras del camino.

No hay que tomarlo, naturalmente, al pie de la letra. Sólo ha querido decir que procuremos pensar en serio y con intención amorosa, animados siempre del deseo de no hacer daño, en cuantas cosas nos rodean y acompañan en la existencia, así sean tan humildes como las piedras.

Dante, uno de los mayores poetas de la humanidad, supone que, al romper la rama de un árbol, el tronco le reclama y le grita: «¿Por qué me rompes?» Este símbolo nos ayuda a entender cómo el hombre de conciencia moral plenamente cultivada siente horror por las mutilaciones y los destrozos.

En verdad, el espíritu de maldad asoma ya cuando, por gusto,

enturbiamos un depósito de agua clara que hay en el campo; o cuando arrancamos ramas de los árboles por sólo ejercitar las fuerzas; o cuando matamos animales sin necesidad y fuera de los casos en que nos sirven de alimento; o cuando torturamos por crueldad a los animales domésticos, o bien nos negamos a adoptar prácticas que los alivien un poco en su trabajo.

Este respeto al mundo natural que habitamos, a las cosas de la tierra, va creando en nuestro espíritu un hábito de contemplación amorosa que contribuye mucho a nuestra felicidad y que, de paso, desarrolla nuestro espíritu de observación y nuestra inteligencia.

Pero no debemos quedarnos con los ojos fijos en la tierra. También debemos levantarlos a los espacios celestes. Debemos interesarnos por el cielo que nos cubre, su régimen de nubes, lluvias y vientos, sus estrellas nocturnas.

Cuando un hombre que vive en un jardín ignora los nombres de sus plantas y sus árboles, sentimos que hay en él algo de salvaje; que no se ha preocupado de labrar la estatua moral que tiene el deber de sacar de sí mismo. Igual diremos del que ignora las estrellas de su cielo y los nombres de sus constelaciones.

El amor a la morada humana es una garantía moral, es una prenda de que la persona ha alcanzado un apreciable nivel del bien: aquel en que se confunden el bien y la belleza, la obediencia al mandamiento moral y el deleite en la contemplación estética. Este punto es el más alto que puede alcanzar, en el mundo, el ser humano.

## LECCIÓN XII

HAY UN SENTIMIENTO que acompaña la existencia humana y del cual ningún espíritu claro puede desprenderse. Hay cosas que dependen de nosotros y hay cosas que no dependen de nosotros. No se trata ya de los actos propios y ajenos, de lo que yo puedo hacer y de lo que tú puedes hacer. Se trata de lo que escapa al poder de los hombres todos, de cualquier hombre. Ello puede ser de orden material, como un rayo o un terremoto; o de orden sentimental, como la amargura o el sufrimiento inevitables en toda existencia humana, por mucho que acumulemos elementos de felicidad; o de orden intelectual, como la verdad, que no es posible deshacer con mentiras, y que a veces hasta puede contrariar nuestros intereses o nuestros deseos. El respeto a la verdad es, al mismo tiempo, la más alta cualidad moral y la más alta cualidad intelectual.

En esta dependencia de algo ajeno y superior a nosotros, el creyente funda su religión; el filósofo, según la doctrina que profese, ve la mano del destino o la ley del universo; sólo el escéptico ve en ello la obra del azar. En la conversación diaria, solemos llamar a esto, simplemente, el arrastre de las circunstancias.

Sin una dosis de respeto para lo que escapa a la voluntad humana, nuestra vida sería imposible. Nos destruiríamos en rebeldías estériles, en cóleras sin objeto.

Tal resignación es una parte de la virtud. El compenetrarse de tal respeto es conquistar el valor moral y la serenidad entre las

desgracias y los contratiempos. Los antiguos elogiaban al «varón fuerte», capaz –como decía el poeta Horacio– de pisar impávido sobre las ruinas del mundo. El poeta mexicano Amado Nervo, resumiendo en una línea la filosofía de los estoicos, ha escrito:

Mi voluntad es una con la divina ley.

El poeta británico Rudyard Kipling nos muestra así el retrato del hombre de temple, que sabe aceptar las desgracias sin por eso considerarse perdido:

SI...

Si no pierdes la calma cuando ya en derredor  
La están perdiendo todos y contigo se escudan;  
Si tienes fe en ti mismo cuando los otros dudan,  
Sin negarles derecho a seguir en su error;  
Si no te harta la espera y sabes esperar;  
Si, calumniado, nunca incurres en mentira;  
Si aguantas que te odien sin cegarte la ira  
Ni dadas de muy sabio o de muy singular;  
Si sueñas, mas tus sueños no te ofuscan del todo;  
Si tu razón no duerme ni en razonar se agota;  
Si sabes afrontar el triunfo y la derrota,  
Y a entrambos impostores tratarlos de igual modo;  
Si arrostras que adulteren tu credo los malvados  
Para mal de la gente necia y desprevenida;  
O, arruinada la obra a que diste la vida,  
Constante la levantas con útiles mellados;  
Si no te atemoriza, cuando es menester,  
A cara o cruz jugarte y perder tus riquezas,

Y con resignación segunda vez empiezas  
A rehacerlas todas sin hablar del ayer;  
Si dominas tu ánimo, tu temple y corazón  
Para que aún te sirvan en plena adversidad,  
Y sigues adelante, porque tu voluntad  
Grita: «¡Adelante!» en medio de tu desolación;  
Si no logra embriagarte la turba tornadiza,  
Y aunque trates con príncipes, guardas tu sencillez;  
Si amigos ni enemigos nublan tu lucidez;  
Si, aunque a todos ayudes, ninguno te esclaviza;  
Si en el fugaz minuto no dejas un vacío  
Y marcas los sesenta segundos con tu huella,  
La tierra es toda tuya y cuanto hay en ella,  
Y serás –más que eso– todo un hombre, hijo mío!\*

\* Esta traducción parte de la hecha anteriormente por don Eduardo Iturbide y la modifica en numerosos lugares.

## LECCIÓN XIII

### RESUMEN: PRIMERA PARTE

El hombre es superior al animal porque tiene conciencia del bien. El bien no debe confundirse con nuestro gusto o nuestro provecho. Al bien debemos sacrificarlo todo.

Si los hombres no fuéramos capaces del bien no habría persona humana, ni familia, ni patria, ni sociedad.

El bien es el conjunto de nuestros deberes morales. Estos deberes obligan a todos los hombres de todos los pueblos. La desobediencia a estos deberes es el mal.

El mal lleva su castigo en la propia vergüenza y en la desestimación de nuestros semejantes. Cuando el mal es grave, además, lo castigan las leyes con penas que van desde la indemnización hasta la muerte, pasando por multa y cárcel.

La satisfacción de obrar bien es la felicidad más firme y verdadera. Por eso se habla del «sueño del justo». El que tiene la conciencia tranquila duerme bien.

Además, vive contento de sí mismo y pide poco de los demás.

La sociedad se funda en el bien. Es más fácil vivir de acuerdo con sus leyes que fuera de sus leyes. Es mejor negocio ser bueno que ser malo.

Pero cuando obrar bien nos cuesta un sacrificio, tampoco debemos retroceder. Pues la felicidad personal vale ante esa felicidad común de la especie humana que es el bien.

El bien nos obliga a obrar con rectitud, a decir la verdad, a conducirnos con buena intención. Pero también nos obliga a ser aseados y decorosos, corteses y benévolos, laboriosos y cumplidos en el trabajo, respetuosos con el prójimo, solícitos en la ayuda que podemos dar. El bien nos obliga asimismo a ser discretos, cultos y educados en lo posible.

La mejor guía para el bien es la bondad natural. Todos tenemos el instinto de la bondad. Pero este instinto debe completarse con la educación moral y con la cultura y adquisición de conocimientos. Pues no en todo basta la buena intención.

## LECCIÓN XIV

### RESUMEN: SEGUNDA PARTE

La moral humana es el código del bien. La moral nos obliga a una serie de respetos. Estos respetos están unos contenidos dentro de otros. Van desde el más próximo hasta el más lejano.

Primero, el respeto a nuestra persona, en cuerpo y alma. El respeto a nuestro cuerpo nos enseña a ser limpios y moderados en los apetitos naturales. El respeto a nuestra alma resume todas las virtudes de orden espiritual.

Segundo, el respeto a la familia. Este respeto va del hijo al padre y del menor al mayor. El hijo y el menor necesitan ayuda y consejo del padre y del mayor. Pero también el padre debe respetar al hijo, dándole sólo ejemplos dignos. Y lo mismo ha de hacer el mayor con el menor.

Tercero, el respeto a la sociedad humana en general, y a la sociedad particular en que nos toca vivir. Esto supone desde luego la obediencia a las costumbres consideradas como más necesarias. No hay que ser extravagante. No hay que hacer todo al revés de los demás sólo por el afán de molestarlos.

Cuarto, el respeto a la patria. Este punto no necesita explicaciones. El amor patrio no es contrario al sentimiento solidario entre todos los pueblos. Es el campo de acción en que obra nuestro amor a toda la humanidad. El ideal es llegar a la paz y armonía entre todos los pueblos. Para esto, hay que luchar con-

tra los pueblos imperialistas y conquistadores hasta vencerlos para siempre.

Quinto, el respeto a la especie humana. Cada persona es como nosotros. No hagamos a los demás lo que no queremos que nos hagan. La más alta manifestación del hombre es su trabajo. Debemos respetar los productos del trabajo. Romper vidrios, ensuciar paredes, destrozar jardines, tirar a la basura cosas todavía aprovechables son actos de salvajismo o de maldad. Estos actos también indican estupidez y falta de imaginación. Cada objeto producido por el hombre supone una serie de esfuerzos respetables.

Sexto, el respeto a la naturaleza que nos rodea. Las cosas inanimadas, las plantas y los animales merecen nuestra atención inteligente. La tierra y cuanto hay en ella forman la casa del hombre. El cielo, sus nubes y sus estrellas forman nuestro techo. Debemos observar todas estas cosas. Debemos procurar entenderlas, y estudiar para ese fin. Debemos cuidar las cosas, las plantas, los animales domésticos. Todo ello es el patrimonio natural de la especie humana. Aprendiendo a amarlo y a estudiarlo, vamos aprendiendo de paso a ser más felices y más sabios.



# ENSAYOS

*Mi idea de la Historia*



Soy un convidado inoportuno. Poco a menudo a las disciplinas en que os habéis enaltecido, traigo hasta los claustros el aire de la calle, y sólo me anima a comparecer ante vosotros el deseo de saludar a nuestros ilustres huéspedes en mi tierra natal. Nos honra y complace singularmente –no sólo a los hijos de esta ciudad, sino a todos los mexicanos– la presencia de los sabios amigos, mensajeros de la inteligencia y de la justicia histórica, cuya visita viene a sellar con autoridad superior el desarrollo de los sentimientos amistosos que cada vez nos enlazan con mejor armonía, mitigando el ardor de viejas cicatrices, felizmente ensalmadas así al término de cien años cumplidos. Las sombras de ayer vagaban iracundas por la vieja Tenería, genios tutela-res de nuestra Polis, hoy sonríen a vuestra llegada. Y el Cerro del Obispado –testigo insobornable– puede hoy contemplar serenamente la fiesta de la concordia y del saber. Aquí, junto al vino de la paz con que soñaban los capitanes homéricos, se conciertan hoy pactos de trabajo y colaboración, como corresponde al verdadero espíritu del Continente Americano y a las definitivas esperanzas del mundo.

Un eminente amigo, el doctor Lewis Hanke –a quien resulta difícil negarle nada–, me ha comprometido a exponer «mi idea de la Historia». ¿Mi idea de la Historia? ¡Qué presunción, qué disparate, si ya el autor del Fausto, tan recordado por estos días con motivo de su segundo centenario, nos dijo que nada es nuestro en propiedad exclusiva, que vivimos sobre el patrimonio común, y que cada hombre es una confluencia provisional entre las corrientes humanas, una intersección pasajera a la cual, por economía del discurso, se asigna un nombre propio! Voy a defraudar al doctor Hanke, voy a defraudaros, señores: mi idea de la

Historia no es mía; me la prestó el buen sentido, que aunque no tan profusamente derramado como lo pretendía el Discurso del Método, ni lo he inventado yo ni tampoco es privilegio de unos cuantos afortunados. Estuve, pues, a punto de contestar al doctor Hanke: –Por lo menos, hay algo mío en mi idea de la Historia, en la historia de que yo tengo idea, aunque ésa es otra historia, ya con minúscula y no con mayúscula. Y ello es que la Historia, para mí, nació precisamente aquí, en Monterrey, hará cosa de sesenta años –cuando mi yo etéreo «aterizó» frente a la Plazuela de Bolívar. Verdad es que mi mente tardó algún tiempo en advertir que hubiera un pasado y una continuidad más o menos perceptible en las vicisitudes de este ser multánime y desplegado en tiempo y espacio que llamamos la humanidad; verdad es que mi espejo tardó algunos días, meses, años, en limpiarse para reflejar la existencia, o en empañarse y enturbiarse tal vez con los vahos de la realidad, que eso es todavía otro punto muy discutible en alta doctrina platónica. Luego, antes del clásico chillido con que contesté al cachete de Lucina ¿no existía la Historia? Me aseguraron que sí existía, y yo lo creí, por argumento de autoridad primero, y después, por argumento de analogía. Y en irlo descubriendo paulatinamente se encierra mi historia personal. Y pues los «hombres viejos» –los padres de la Historia de que habla don Alfonso el Sabio– solían repetirme que las buenas cosas del tiempo ido se habían acabado para siempre, quise convencerme por mí mismo; y pues a veces el pasado me parecía mejor y otras peor que el presente, pero siempre me deleitaba, acabé por reducirme a la justa fórmula del poeta Jorge Manrique, quien –a la muerte del comendador su padre– suspiraba y decía:

... cómo, a nuestro parecer,

cualquiera tiempo pasado  
fue mejor.

«A nuestro parecer»: estas tres preciosas palabras me iniciaron en la noción del inevitable y necesario subjetivismo que empapa, como humedad vital, todas las interpretaciones históricas. Y el hecho de que el pasado, aunque fuera a veces malo en sí mismo, nos pareciera en algún modo mejor que el presente, por sólo ser pasado –es decir, cosa desligada de las inmediatas urgencias con que la vida, doliéndonos, se deja sentir en nosotros– me llevó a comprender de paso el valor estético de la Historia: ciencia, por su apego a la verdad posible; poesía, por el aura de belleza que acompaña a toda evocación de lo ya acontecido. Y creí entender –lo remito a vuestra sentencia– que la Historia, como obra escrita, procede, al igual que la arquitectura, conforme a principios de necesidad, pero también es menester que proceda conforme a principios artísticos, y que el escribir mal y el mentir son dos monstruos gemelos.

En este punto de mis meditaciones, el provechoso parangón con la arquitectura me permitió adelantar otro paso. Entonces –me dije– una es la construcción y otros los materiales de construcción. Si la obra ha de ser excelente, ambos deben ser excelentes, desde luego, y ambos adecuados entre sí. El tono de la obra histórica ha de corresponder al carácter de los hechos narrados. Para la inadecuación de estilo y asunto –que el grotesco de los modernos se complace en mezclar a veces por perversión del paladar estragado– los antiguos tenían un nombre difícil, que prefiero olvidar ahora. Pero la censura contra este vicio se reduce a imaginar el absurdo de un bailarín que quisiera danzar un vals vienés con

pasos de tango argentino, o el absurdo de un «jarabe tapatío» entre caballeros de pechera y frac, y señoras de larga cola, diadema de piedras y abanico de plumas.

Pero todavía se nos ofrece un peligro peor en este argumento, y es el confundir la obra histórica con el mero hacinamiento de materiales para la Historia; lo que ya censuraba mucho mi venerado maestro de primeras letras, un tal Perogrullo. Porque, si aceptamos tan deshumana confusión, entonces también daremos por buena la paradoja de cierto escultor grecoasiático el cual mostraba muy ufano a sus contemporáneos un informe bloque de mármol, apenas acarreado de la cantera, y les decía:

«-He aquí un busto de Platón. -¿Cómo así? -le replicaban-. ¿Busto de Platón donde ni siquiera hay fisonomía? -¡Ah! -se defendía él-. El retrato está dentro del mármol: basta con quitarle lo que sobra».

Pero es inútil: las piedras y los documentos nunca hablan por sí mismos, y el figurarse otra cosa delata una grave deficiencia de sentido común y una irrisoria escasez de sentido metafísico. Si en nuestros días no se han escrito los mejores libros de historia, es porque padecemos lo que Toynbee ha llamado «la falacia apatética de la Historia». El clima industrial ha inficionado la mente de los escritores. Han dado éstos en creer que el solo descubrimiento de la materia prima y la producción de nuevos datos lo es todo, aunque se trate de meras insignificancias o redundancias: tarea de canteros y picapedreros, no de arquitectos. El tema, en el orden de la historia de la cultura, ha sido objeto de una célebre controversia suscitada por el profesor Spingarn a propósito de cierta obra de Magendie (*Romanic Review*, 1926). Y aunque sin materia prima no hay historia, tampoco y mucho menos la habría sin la interpre-

tación y la narración. De cada mil datos nuevos, queda uno que verdaderamente importe, y los demás o repiten lo ya entendido o son amenidades biográficas en el mejor de los casos, y en el peor de los casos, murmuraciones de escaleras abajo. Pongamos que un diplomático español, después de realizada nuestra independencia, haya acertado a reanudar la amistad internacional entre España y México. Pongamos ahora que los archivos nos revelan un día su correspondencia secreta con la Corte de Madrid, llena de vacilaciones, de quejas y hasta denuestos contra éste o el otro negociador mexicano, con quien el pobre señor tenía que habérselas. En nada se ha alterado el perfil histórico de los sucesos. Esas curiosidades recién descubiertas importan, primero, a la biografía particular del sujeto, y después, a la murmuración, a la gula de maledicencia que hay siempre en el fondo cenagoso de los corazones. Porque nadie, nadie que tenga el alma en su almarío, podía haberse figurado que todo fue vida y dulzura en la misión de aquel diplomático. Y los lectores mutilados y ayunos de imaginación que hubieran podido figurárselo, más valía que se dedicaran a otra cosa, y no a leer historia.

No: la realidad es una representación de la mente y, como decía Santayana, hasta el aire es arquitectura. Ni piedras ni documentos hablan por sí: el historiador es el ventrílocuo –o, si os parece más noble–, el mago que los hace hablar. La sangre reseca de san Jenaro, el mártir de Nápoles, sólo vuelve a licuarse por la oculta virtud del santo, y esta revivificación es la Historia: propio milagro de Isaías antes Ezequías, cuando –en el segundo libro de Los Reyes– hace retroceder la sombra diez grados en el reloj de Acáz. Por eso, esclareciendo la palabra de Croce, podemos decir que toda obra histórica es una agencia contemporánea, si bien edificada con

materiales del pasado, y que aun en caso de que los materiales fueran siempre los mismos el relato cambiaría siempre, y siempre podría escribirse otra vez la historia de Egipto o de Roma. Y añadiremos que la obra histórica es siempre una operación de orden artístico, la cual toma de la ciencia, exclusivamente, los métodos de comprobación. Y la metódica ¿a qué se reduce? ¿A qué se reduce la famosa técnica? La famosa técnica se reduce a no mentir a sabiendas, y eso es todo. Ni más ni menos. Y de esto nadie nos sacará, así venga Sócrates en persona a torturarnos con el gancho de sus interrogatorios, que le valió beber la cicuta.

De tal suerte se fue apoderando de mí esta conciencia de que la interpretación es esencial en la obra histórica y de que no puede sustituirla el museo de ejemplares históricos. Historia como colección de hechos sucedidos siempre la habrá, aunque nadie la exprese; pero si no ha pasado por el tamiz de la mente, carece de realidad humana. Historia como entendimiento de tales hechos, sus mutuas relaciones de antecendencia, concomitancia y consecuencia, y de su determinación o su efecto en el sentir de la sociedades humanas, no es ya posible sin la intervención y aportación de una mente, de un sujeto de discernimiento. Historia como manifestación literaria, hablada o escrita con palabras, no puede haberla sin atención especial para la forma artística, la equilibrada composición en el conjunto y la cuidadosa dicción en el «fraseo». Dato comprobado, interpretación comprensiva y buena forma artística son los tres puntos que cierran el «triángulo de las fuerzas», y ninguno debe faltar. Quienes contemplan el dato sin entenderlo son como aquel habitante de la luna que al ver, con su poderoso telescopio, el ir y venir de los coches por las ciudades de la tierra, toma al cochero por un príncipe vencedor que arrastra, en su carro

de victoria, a alguna familia de príncipes cautivos. Quienes se preocupan más del encanto literario que de la posible comprobación documental merecen la acusación de Tucídides contra los que escriben la Historia para deleite del oído. Quienes se conforman con acumular noticias «a la pata la llana» –meros artesanos, muy dignos de nuestra gratitud– no están trabajando para ellos ni son aún historiadores (*Sic vos non vobis*), sino que juntan motivos para el verdadero historiador que habrá de explotarlos. Quienes sumen las tres condiciones enumeradas, y sólo ellos, escribirán esos libros de asunto histórico, de los que podremos decir, como decía fray Jerónimo de san José en su *Genio de la Historia*, que entre la pluma y el papel parecen «bullir y menearse» las cosas que tratan. «Por tales virtudes... viven y vivirán eternamente a los ojos de la memoria la peste de Atenas, la oración fúnebre de Pericles y la expedición de Sicilia, en Tucídides; la batalla de Ciro el Joven y su hermano, en Jenofonte; la consagración de Publio Decio a los dioses infernales y la ignominia de las Horcas Caudinas, en Tito Livio; el tumulto de las legiones del Rin y la llegada de Agripina a Brindis con las cenizas de Germánico (*infausti populi romani amores*), en Tácito; la conjuración de los Pazzi y la muerte de Julián de Médicis, en Maquiavelo, la acusación parlamentaria de Warren Hastings, el terrible procónsul de la India, en Lord Macaulay.»

Con los pasajes aquí señalados, junto con la descripción del campamento romano en Polibio, algunas páginas del sólido Montesquieu, del transparente Voltaire, del musculoso Gibbon; algunas más, escogidas entre las autoridades del siglo XIX –Niebuhr, Savigny, Grote, Ranke, Michelet, Gervinus, Herculano, Rawlinson, Curtius, Mommsen, Renan, Oppert, Fustel de Coulanges, Maspero– y otros escritores que, sin ser profesionales de la Historia

en el sentido corriente, han tenido el genio de la Historia, como Sainte-Beuve, Réclus, Gaston Paris, Menéndez y Pelayo, Bédier, Menéndez Pidal, a lo que sumaríamos de grado un buen caudal de novelistas históricos, no ajenos por cierto al nuevo sesgo que tomó la imaginación de la Historia en la pasada centuria, y que, de Walter Scott hasta Feuchtwanger, y sin olvidar siquiera al divertidísimo Dumas o al gigantesco Pérez Galdós, unas veces impulsan el gusto por los estudios históricos y otras de veras los complementan, pudiera ciertamente orientarse una educación encaminada a fundar planteles de historiadores, tan bien o mejor que con los ejercicios meramente eruditos sobre la ficha y la papeleta, la transcripción de viejos cartapacios, las reglas sobre la numeración de líneas de cinco en cinco o la declaración de fuentes, etcétera; ejercicios muchas veces orillados a devolver una vida ociosa y ficticia a algún anodino documento, cuyo único mérito estriba en no haber tentado el apetito del «comején»: ¡aquel famoso comején contra el cual, según nuestro fray Servando, el rey de España mandó dictar orden de prisión por haber destruido los autos de un proceso!

Entiéndase bien: yo no desdeño las técnicas eruditas en la labor previa de la Historia. Son como los principios asépticos antes de las operaciones quirúrgicas. Ni el futuro cirujano puede prescindir de estos principios, ni el futuro historiador debe ignorar aquellas técnicas. Son como los ápices y puntillos gramaticales, que importa conocer, pero que por sí solos no transforman en escritor a ningún Pedancio. También yo, en mi particular oficio de las letras, me sometí largos años a las disciplinas del documento, desde el buscarlo hasta el publicarlo con todo su apartato crítico. Pero no confundiría yo, sin embargo, esas disciplinas preparatorias con la exégesis y la valoración de la cultura a la que aspiraba.

Lo que acontece es que las artimañas eruditas son reducibles a reglas automáticas fáciles de enseñar y que, una vez adquiridas, se aplican con impersonal monotonía. No pasa lo mismo para las artes de la interpretación y la narración, cuya técnica se resuelve en tener talento. Y como la inteligencia humana es de suyo perezosa, se arroja con voracidad sobre las recetas de pensar que prometen algún ahorro de esfuerzo. De aquí que ni educadores ni educandos se ocupen todo lo que debieran en el estímulo de la imaginación histórica, que supone una capacidad natural –una «inspiración», acentuaría un romántico–, sin la cual jamás podrá establecerse la comunicación eléctrica entre el pasado y el «profeta del pasado» o «posfeta» que pretende resucitarlo.

¡Si hasta la Historia imaginaba que, partiendo, como a juego, de un supuesto arbitrario, investiga sus consecuencias posibles –me decía yo en las meditaciones que fueron dibujando mi noción de la Historia–; si hasta la Historia imaginada puede ser útil en este proceso educativo, no sólo como contraprueba o reducción al absurdo, sino para fertilizar el pensamiento histórico, así como se ejercita al orador defendiendo causas irreales o intrincados «cocodrilitas»! De modo que el «ifismo» –del condicional ingles *if*– o declaración de lo que se haría si hubiera acontecido tal o cual cosa no acontecida; el «ifismo», del que huía sistemáticamente Franklin Roosevelt en sus entrevistas con la prensa, también es ejercicio recomendable para la mente histórica, y no sólo una tarea de entretenimiento. Así cuando Maurois imagina que hay en el cielo unas avenidas donde se cruzan y alargan todas las perspectivas históricas de lo que pudo ser y no llegó ni llegará a ser: verdadera Ciudad Histórica Potencial, donde el pequeño barrio de la Historia Real es tan diminuto que se distingue apenas. ¿Qué

hubiera pasado –decía Pascal– si la nariz de Cleopatra llega a ser imperfecta y no se enamora de ella Marco Antonio? ¿Cuáles las consecuencias para Roma y el mundo? ¿Qué, si Marco Antonio vence en Accio y funda la capital del Imperio en Alejandría –directa heredera de Grecia–, arrastrando a Roma en el séquito de sus vasallos? ¿Qué, si, en las eternas disyuntivas del suceder –se pregunta Guedalla–, los moros conquistan definitivamente España? ¿Qué –interroga Chesterton–, si don Juan de Austria se casa con María de Escocia? ¿Qué –propone Van Loon–, si los holandeses se asientan en la Nueva Amsterdam, o Nueva York? ¿Qué –dice otra vez Maurois–, si en la índole de Luis XVI llega a haber un poco de firmeza? ¿Qué –piensa Hilaire Belloc–, si el carro en que Drouet dio alcance a Luis XVI en Varennes llega a volcarse por el camino? ¿Qué –sueña Fisher–, si Napoleón I logra refugiarse en América? ¿Qué –plantea Nicolson–, si Byron se hubiera coronado rey de Grecia? Y Wiston Churchill: ¿Qué, si el general Lee no llega a perder la batalla de Gettysburg? Y Milton Waldman: ¿Qué, si Booth falla el tiro que disparó contra Lincoln? Y Emil Ludwig: ¿Qué, si el emperador Federico III no muere de cáncer, dejando a Guillermo el trono apenas heredado? ¿Y qué –pudiéramos soñar nosotros–, si los hijos de Hernán Cortés realizan la independencia de la Nueva España? No alarguemos la lista. Bastan estos cuantos ejemplos para apreciar la utilidad didáctica de estas «diversiones históricas», en algún modo comparables a las «diversiones matemáticas». Y después de todo ¿qué es la Geometría de Euclides, sino una diversión semejante para apurar las consecuencias lógicas de unas proposiciones asertivas, o supuestos, o postulados, que ya no se entienden como evidencias?

Pero ya, cuando alcancé este grado en mi idea de la Historia,

me había yo lanzado como nauta sin brújula al océano de la Teoría. No creo que el mío haya sido un viaje, sino más bien algo como un naufragio. Pero tuve la suerte de que los vaivenes y resacas me arrojaran –maltrecho y todo– hasta la orilla. Sortear el paso era peligroso, y a uno y otro extremo me acechaban –Escila y Caribdis– las tesis del finalismo absoluto y las tesis del pragmatismo absoluto. Allá san Agustín encaminaba la carrera del hombre a la meta de la Ciudad de Dios; o bien Paulo Orosio, en su *Moesta Mundi*, veía en el tránsito terrestre de los pueblos un castigo divino enderezado a la futura redención; o Bossuet inspiraba su sinfonía histórica en el «leymotivado» providencial. Acá Theodor Lessing –para citar a un autor representativo que alcanzó considerable éxito a comienzos del siglo– escribía una obra sobre *La Historia* como atribución de sentido a lo que carece de sentido (1919). Y entre uno y otro polos, todos los matices del iris. Ya la *Historia* como progreso de las Luces y corregimiento gradual de la Razón, al modo de Voltaire; o la reacción prerromántica de Herder, quien vino a decir a Voltaire que también el corazón tiene sus razones; o la tipología sociológica de Vico que parece, de cierta manera, anunciar la ley de las tres etapas de Auguste Comte; o el naturalismo sentimental de Rousseau, sofrenado con el supuesto pacto que hace posible la convivencia y que Kant adoptará, si no como hecho, al menos como alegoría y criterio de la justicia; o el imperialismo metafísico de un Fichte, de un Hegel, para quienes la *Historia* es la historia de la Idea en curso de realización secular, doctrina de que el materialismo histórico viene a ser como una parodia, donde la Idea deja el sitio al proceso de la necesidad económica. Y por todo ello –largo resabio de la epopeya homérica en que se cunaron las nociones occidentales–, la disyuntiva entre el Héroe

y el Coro, como en las dos hipótesis que aún luchan para explicar el origen de la Tragedia clásica; entre el protagonista individual que engendra la Historia, o la nación misma que la determina; entre la historia de Francia hecha por los monarcas, a lo Charles Maurras, y la historia de Francia que, para Julien Benda, es obra del pueblo. De los historiadores de la Antigüedad, y mediante la elaboración de algunos renacentistas, deriva, a la larga, la escultura del Héroe en Carlyle, el Representativo en Emerson, el Grande Hombre en Burckhardt, el Super-hombre en Nietzsche. Pero los partidarios del Coro retroceden todavía y buscan la base del hecho histórico –podemos decir– en el paisaje. Y es la teoría paradisiaca, de Herodoto, en que el Nilo viene a ser el padre de Egipto; teoría cuyas consecuencias apuran Buckle, Taine y hasta los geopolíticos de última hora, casi escamoteando al individuo, y disimulando la libertad, la iniciativa humana, supremo impulso de la Historia en Benedetto Croce. Y Toynbee opone a la teoría pasiva y paradisiaca la teoría rebelde, cargada de vigor, del desafío y la respuesta, en que ya el Egipto no es un fértil acarreo del Nilo, sino que se hace contra el Nilo y se edifica por la acción de la mano. Y los materialistas insisten en reducir el ambiente genitor de la Historia a la sola base del sustento biológico. Y Napoleón, héroe si los hay, personalidad a primera vista irreducible y en cuyo puño parecen juntarse sin remedio los resortes del acontecer social, resulta un simple átomo atraído en la cauda, en la pugna por el dominio de los grandes mercados. Este instante puede ejemplificarse claramente con la simbólica pareja de los Strachey: mientras uno «biografiza» la Historia, el otro la «desbiografiza». (Valgan los barbarismos, en gracia a la rapidez de expresión.) Una revolución, semejante a la copernicana, pretende así expulsar al Hombre del centro del

universo humano. Y la verdad es que estamos ante dos lenguajes –según la intención del historiador y la moda interpretativa de la época– para expresar la misma cosa. Pero también es verdad que las cuestiones de palabras nunca se quedan en palabras; pues, como lo recuerda Aristóteles, la retórica trasciende la ética, y no es lo mismo llamar a Orestes «el matador de su madre», que llamarlo «el vengador de su padre».

Entre las teorías deterministas y las heroicas hay naturalmente mil compromisos, y las fronteras no siempre son fáciles de trazar: desde las ineptias de Wood, su tesis «gamético-monárquica» y sus ridículas estadísticas, pasando por varios pretendidos materialistas que incurren en mil contradicciones y se envuelven en una mística involuntaria, o sólo explican la caída de los zares creyendo explicar el advenimiento del bolchevismo –lo particular, y no lo general–, hasta los que sueñan con hechiceros que de cuando en cuando aparecen, echan sus yerbajos en el perol y dictaminan: «Continúe la Historia».

Entretanto, la historia como ensoñación novelesca ha lanzado sus inspiraciones hasta el campo mismo de la Historia, e influye en Thierry, en Michelet. Y la tradicional prueba oratoria de los sofistas todavía pal-pita en los párrafos de Chateaubriand, así como la preocupación estética es evidente en las armoniosas páginas de Renan. En guardia contra el desvío estético, Ranke se aplica a depurar las técnicas de la investigación y presta, en su orden, eminentes servicios. Pero en mala hora se le ocurre declarar en su prólogo la doctrina simplista sobre el «contar las cosas como ellas acontecieron», y entonces cargan sobre él los metafísicos, olvidando que él sólo se propuso, al hacer semejante declaración, objetar el punto de vista didáctico, la Historia como aleccionamiento po-

lítico, de que nos hablaba Tucídides. Y mientras, a una parte, los evolucionistas insisten en el desarrollo de un germen sin finalidad preconcebida, la Humanidad confiesa que, en el orden puramente humano, el ideal, lo que aún no existe, ejerce una fuerza aspiradora y una innegable orientación sobre lo que existe actualmente, así como altera a nuestros ojos la imagen de lo que ha existido. Los «Perspectivistas biológicos» de las civilizaciones, tocados o no por la preocupación de la raza, influidos o no por el concepto de las unidades culturales o los campos históricos –ya con Gobineau o con Petrie, ya con Spengler o con Toynbee– se aplican a decirnos cómo las civilizaciones nacen o mueren, o persisten anquilosadas, o se renuevan con accesos de savia joven. No faltan locos, al estilo de aquel personaje de Pérez Galdós, que escribía «la historia lógico-natural de España» no como ella fue efectivamente, sino como debió haber sido. Y, en suma, los existencialistas acaban por decirnos que el Hombre no tiene naturaleza, sino historia.

Y sobre todo ello, la sonrisa amarga de los escépticos. Pues, al crecer el historicismo, por confusión entre los entes inmóviles de la Ciencia y los entes fluidos de la Historia, acaba por cebarse en el concepto mismo de ésta. El escepticismo ni siquiera se detiene en lo movable de la interpretación, en lo que se llama «falacia genética» o relatividad del punto de vista, sino que el idealismo metafísico de Croce se arriesga a negar la posibilidad de establecer objetivamente la verdad de los mismos hechos históricos. De aquella «falacia genética» puede dar ejemplo Solís, el historiador de la conquista de México; pero mientras Solís se declara honestamente, y comienza por afirmar su concepto providencialista, católico, apostólico y romano, otros se meten en su callejón sin saberlo ellos mismos. Mannheim, un relativista, afirma con toda

probidad que la «falacia genética» no es tal falacia; que es, filosóficamente, intachable, como el postulado en la matemática, y que es, además, indispensable en condición de proceso metódico. Del escepticismo ya estéril nos da la caricatura Anatole France. Sin ser idealista metafísico, hace mangas y capirotos con el cuento de algo que acaba de acontecer en la esquina, y que cada testigo relata de modo diferente. Pero concluir la imposibilidad de la Historia por la relatividad de las cosas humanas es tener mal carácter o estar enfermo del hígado: no es ser sabio; pues no hay por qué exigir de la Historia más que de las otras actividades de la mente. Y argüir, en vista del escándalo de la esquina, que no podemos averiguar si César murió o no apuñalado es, cuando menos, ridículo.

¡Pues, a ver, señores del Congreso de Historia, si me concertáis estas medidas! Yo, tras esta peligrosa excursión, vuelvo a mi punto de partida, que era, si mal no recuerdo, el buen sentido. Yo no pretendo que todas estas doctrinas se concilien en la teoría, o siquiera puedan zurcirse juntas en la tela de Arlequín del ecléctico. Pero sí creo que en cada una hay un estambre de este complejo cañamazo que llamamos la realidad histórica. Hay una retórica en cada asunto, decía el discreto Quintiliano. ¿Me atreveré a declarar que, igualmente, cada punto histórico se alumbraba con su particular filosofía? ¿Que debemos tener a la mano todas las hipótesis y todas las confesiones de las sectas, y usarlas según se acomoden al tema? No se trata de reconciliarlas en principio, quede bien claro. Ya la realidad se encarga de avenirlas a su manera: una manera que excede, con mucho, los poderes de la inteligencia. Pero todas y cada una nos dan instrumentos para tajar y morder en la carne viva de la Historia. Sólo que este procedimiento, en apariencia cómodo, es peligroso; supone instinto y cautela, tacto y gusto.

E instinto, cautela, tacto y gusto, acaban de aconsejarme al oído que dé término a mis peroratas. Lo malo, si breve, es perdonable. Yo os pido perdón, y os doy las gracias. Sólo me he dejado en el tintero la mejor de todas las doctrinas: la doctrina de la fraternidad entre los historiadores. La estáis elaborando vosotros. Ella, como el movimiento, se demuestra andando.

Os incumbe, desde ahora, una misión de larga trascendencia social, y es el establecer a tiempo las defensas para la libertad de los estudios históricos. No hay certeza alguna de que ella pueda mantenerse por siempre, entre la bancarrota de tantas filosofías y de tantas políticas. Renan –como si previera lo que ya hemos comenzado a ver en nuestros días– advierte que el gusto de la historia es el gusto más exquisito y, por consecuencia, el más amenazado. No sabemos lo que puede acontecer mañana. Aprovechad y amurallad el instante. Gritadle con las palabras del poeta: «¡Detente! ¡Eres tan bello!»

Tecolutla, 6 de agosto de 1949

*Marginalia*, Segunda serie [1909-1954], 1954

LO MEXICANO  
Y LO UNIVERSAL



SIN SACAR las cosas de quicio, reconozcamos que, para ser buen hijo de México, tampoco es fuerza invocar el nombre de la patria desde el aperitivo hasta los postres, costumbre que algunos cultivan y no pasa de una lamentable afectación, tan buena para conducir derecho a la esterilidad como todos los exhibicionismos. ¡Señores: un poco de pudor en los amores más entrañables! No: nadie ha prohibido a mis paisanos –y no consentiré que a mí nadie me lo prohíba– el interés por cuantas cosas interesan a la humanidad. Por eso somos humanos. Se diría que aquel bloqueo político a que quedamos sometidos hace unos años, como consecuencia conjunta de la revolución en casa y la guerra en la del vecino, aun cuando tuvo el efecto saludable de obligarnos a escrutar en el propio ser, a sacar recursos de nuestro seno y a enamorarnos de nuestras riquísimas realidades, está, sin embargo, arrastrando una cola de resultados que, como son inútiles, son funestos: se convierte ahora en una fiebre, en un prurito de declararnos a nosotros mismos en estado de bloqueo espiritual. ¿Y por qué hemos de transformar viciosamente nuestra plétora de salud de cáncer, quieren decirme? ¿Qué tendremos los mexicanos que no podamos ir adonde todos los pueblos van? ¿Quién nos impide hurgar en el común patrimonio del espíritu con el mismo señorío que los demás? ¿Quién, en Cuba, en el Brasil, en la Argentina, echa en cara a sus escritores el tener autoridad, digamos, sobre el tema Maquiavelo, la antigua Grecia, las monedas romanas o el culto errabundo de Astarté durante el pasado siglo? No y mil veces no: nada puede sernos ajeno sino lo que ignoramos. La única manera de ser provechosamente nacional consiste en ser generosamente universal, pues nunca la parte se entendió sin el todo. Claro es que el conocimiento, la educación, tienen que comenzar por la

parte: por eso «universal» nunca se confunde con «descastado».

Mi labor directa sobre asuntos mexicanos viene desde los comienzos de mi vida literaria; es decir, desde poco antes del Ateneo. Porque yo sí pertenecí al Ateneo y fui uno de sus fundadores, al lado de Caso, Vasconcelos y Henríquez Ureña, y me extraña que Pérez Martínez lo ponga en duda cuando hay tantos que lo saben y lo recuerdan. En torno a semejante labor, bien pueden haber crecido, como arborescencias (y es común que los follajes revistan y envuelvan el tronco), otras aficiones y curiosidades que hasta hoy no le han hecho ningún daño a mi país. Que no vengan ahora, en nombre del Santo Oficio, a cerrarme las entendederas. No veo por qué se ha de exigir de un mexicano cualquiera que prescinda de sus investigaciones sobre algún asunto en que ha logrado ya ser escuchado, y que se le prive de la mexicanísima satisfacción de publicar tales investigaciones como le plazca. Si las revistas filológicas europeas le abren campo, pongo por caso, no creo que esto sea de lamentar para México. La literatura mexicana es la suma de las obras de los literatos mexicanos.

Mientras mejores sean las obras, tanto mejor para México, pero en esto cada uno hace lo que puede. El verdadero problema es la calidad, porque la calidad sólo es voluntaria hasta cierto punto. Mas en ese cierto punto es donde tenemos que apurar. Por eso, al que de veras se inquiete con estos problemas, yo le diría: Aconseja menos y haz libros buenos; no veas cómo el otro vive, sino escribe; lo que gastas en juzgar, gástalo en mejorar. Y otros refranes que se me ocurren. Y cuando él volviera de su excursión por las literaturas, si había mantenido con probidad el nombre de las letras patrias, yo lo saludaría con júbilo.

No hay que verlo todo por lo trágico; hay que ver con largueza.

Vivir en los siglos, decía Goethe: conformémonos nosotros con vivir en los años. Interrogados los años, nos dirán que lo nacional se abre paso a pesar nuestro, y es una de aquellas cuestiones sobre las cuales conviene no torturarse mucho ni embarazarse de proyectos, porque por aquí no se va a ninguna parte. Estos procesos casi biológicos, si interviene en ellos un exceso de conciencia y análisis, hay riesgo de que se atrofien o se inhiban. Cierta seguridad, cierta confianza de buen gusto son, aquí como en amor, las garantías del éxito. La imitación violenta de lo extranjero, cuando realmente ha llegado a ser violenta, o sea, exagerada, sólo daña al que cayó en ella, y lo castiga privándolo del goce más pleno, que es el de trabajar en simbiosis con el ambiente propio. Pero nunca, o difícilmente y por excepción, podría significar un peligro nacional. No hemos de tener tan mala suerte de dar con el caso excepcional: no nos caerá esa teja encima. Haya, pues, un poco de calma; nada de ponerse nervioso y hacer es-puma, nada de anunciar catástrofes y ruinas, que es de mal agüero.

Al decir esto, pienso en los escritores ya hechos. Que si hablara de los educandos y de las cuestiones escolares, repetiría otra vez lo que tengo dicho en el Virgilio, y que viene a resumirse en esto: –Cuanto pueda robustecer y nutrir el alma mexicana, aun cuando ello sea tesoro o depósito provisional de las clases hasta ahora más alejadas de nuestra política, debe ser puesto a disposición de las nuevas generaciones. En la formación de hombres –hasta donde ello sea filosóficamente posible– debe entrar la mayor proporción de savia nacional que destila la historia. (De lo contrario... –Ces messieurs n'ont pas de pays?– me preguntaba un severo crítico francés, ante un hispanoamericano que le hablaba con gran facilidad de Cézanne y de Gauguin e ignoraba lo que se pintaba en su

tierra.) Y que después, a través de esa formación, pasen en buenhora las corrientes universales, las cuales –como antes lo indiqué– no podrían ser «descastadoras». Cuando se trata de preparar hombres, es preferible, sin duda, darles ya resueltos aquellos extremos que han sido ya superados, aunque sea teóricamente superados, que para eso se hizo la teoría, para que la práctica progrese. Nuestros hijos no tienen por qué heredar las fatigas que nosotros pasamos en limpiar el suelo, levantar los muros, techar la casa y montar la veleta. Pero aquí nos enfrentábamos, no ya con un problema de educación, sino con un escuadrón de literatos que ya salieron a la vida esgrimiendo firmas responsables, que se nos presentan como un hecho ya consumado, inobjetable. Así son y no podemos cambiarlos. No podemos darlos a la hoguera. Y tampoco es nuevo ni desconcertante que se consienta a los adultos lo que es ilícito en los menores. Lo mejor que podemos hacer con tales literatos es darles un ancho crédito para que se echen a buscar aquellos elementos que han de incorporar a su creación, enriqueciendo con ello nuestros fondos tradicionales. ¡Quién sabe si un día no tengamos que bendecir la libertad que les otorgamos! (Otorgamos es un decir: ellos son muy dueños.) ¡Quién puede desde ahora saber la miel que juntan las abejas, merodeando en todos los jardines!

Porque tampoco hay que figurarse que sólo es mexicano lo folklórico, lo costumbrista o lo pintoresco. Todo esto es muy agradable y tiene derecho a vivir, pero ni es todo lo mexicano, ni es siquiera lo esencialmente mexicano. La realidad de lo nacional reside en una intimidad psicológica, involuntaria e indefinible por lo pronto, porque está en vías de clarificación. No hay que interrumpir esta química secreta. Calma y tiempo son menester. Es algo que estamos fabricando entre todos. Nunca puede uno sos-

pechar dónde late el pulso mexicano. Permítaseme, como ejemplo, una referencia personal:

Hace años, en Madrid, con motivo de cierto aniversario mallarmeano, se me ocurrió convocar anónimamente a una docena de escritores para consagrar, en el Jardín Botánico, cinco minutos de silencio a la memoria del maestro simbolista. La sencilla ceremonia acabó con fortuna y dejó buen recuerdo. Pues bien: José Ortega y Gasset advirtió al instante, con esa sagacidad tan suya, que aquella iniciativa tenía cierto saborcillo extranjero y, en el caso, hispanoamericano; y por aquí descubrió que el responsable de todo era el mexicano. Y, sin embargo, el acto, en su contenido aparente, no tenía un átomo de mexicanismo.

Sea otro caso que conozco, y que alguna vez discutimos entre camaradas en La Habana: un joven hispanoamericano publica un libro de cuentos, su primer libro, donde revela una psicología compleja y honda. Y un crítico le manda decir, en son de elogio, con recancanillas, que tal libro «autoriza modos de sentir y de pensar de razas muy distintas de aquella a que el autor pertenece».

—¡Alto ahí! —gritaba el joven autor—. ¿Quién ha hecho hasta hoy el catálogo de los modos de sentir y de pensar de mi raza? Y apurando mucho, ¿qué es mi raza? Jean Brunhes, cuya autoridad sería ridículo poner en duda, cuenta algo que de una vez da el golpe de muerte a esta superstición, a este uso translaticio e ilegítimo del concepto de raza: los judíos de Besarabia, de Ucrania y de Polonia han adquirido la fisonomía física y social, las costumbres y maneras de los verdaderos israelitas y semitas de Palestina, las largas narices, levitones negros, mechones rizados por las orejas... ¡y en realidad no son más que tártaros y eslavos convertidos hace dos mil años al judaísmo, bajo el peso de ciertas influencias políticas y

militares! Lo que yo haga pertenece a mi tierra en el mismo grado en que yo le pertenezco. Nada más equivocado que escribir en vista de una idea preconcebida sobre lo que sea el espíritu nacional. En el peor de los casos, esta idea preconcebida es una convención o resultante casual de ideas perezosas que andan como perros sin dueño. Y en el mejor caso –es decir: cuando la tal idea es resultado de una sincera y seria investigación personal– será tan absurdo el someter a ella una obra por hacer, una obra en que no sólo van a trabajar la razón y la inteligencia, y ni siquiera la conciencia sola, sino también el inmenso fondo inconsciente (el individual y el colectivo de Jung), la sub y la superconciencia, el yo y el mí y hasta el trágico y fantasmal ello de los últimos atisbos de Freud, como absurdo sería decir, quien nunca haya conocido el amor físico: «En vista de lo que tengo meditado, decreto y resuelvo que voy a sentir esto y lo otro», ¡en vez de entregarse a sentirlo santamente! La vulgar censura: «Esto pudo haber sido escrito en cualquier parte», aunque niegue determinación geográfica, nada quita al valor artístico. Las obras de arte no son coordenadas geométricas destinadas a fijar el domicilio del artista. Es frecuente esgrimir ese triste argumento entre los escritores americanos. ¡Como si el americano fuera un tipo humano dialectal o morbos, sin derecho a participar como todos en el festín trágico de la vida!

Así decía un joven americano, por el malecón de La Habana, una tarde, hace mucho tiempo, viendo cómo hasta los encomios le llegaban medio arrepentidos. Y yo, que escuché sus alegaciones, no he podido olvidarlas.

Crear que sólo es mexicano lo que expresa y sistemáticamente acentúa su aspecto exterior de mexicanismo es una verdadera puerilidad. España conoce los horrores de la española: ¡aquella con-

denada pandereta que ha dado la vuelta al mundo! Nosotros, por ese camino, pronto llegaríamos a la mexicanada («el jicarismo», dice un pintor). Grosero error juzgar del carácter de una literatura sólo por sus referencias anecdóticas. Pascal no sería representativo de un polo del pensamiento francés, porque habló de cosa tan universal como Dios, y Dios –a pesar de la bonita traducción parisiense de Sieburg– dista mucho de ser francés. Montaigne tampoco representaría el otro polo de Francia, porque hablaba de Raimundo Sebunde, la virtud de las mujeres romanas, los caníbales de Brasil y todo asunto humano y divino. Corneille, que hizo el Cid –motivo hispánico si los hay–, habría dado la espalda a Francia. En nuestros días, Cunninghame Graham sería desterrado de las letras inglesas por haber producido un espléndido libro sobre los caballos de la conquista española en América, conquista que tan poca gracia les hacía a los británicos. Y los escritores de sangre indefinida o que andan de prestado y con bandera de corso por una lengua –Joseph Conrad en Inglaterra, Guillaume Apollinaire en Francia– sencillamente no habrían existido a pesar del rastro que dejaron. Los helenistas, del Renacimiento acá, traidores a la patria. Los comparatistas, algo como unos dobles espías que merecen ser fusilados. ¡Mal año para Jusserand que, siendo francés, escribió sobre Inglaterra y los Estados Unidos! ¡Mala landre para Waldo Frank, empeñado en que el Norte y el Sur encuentren la fórmula de amistad! No me hablen de Max Müller, faccioso alemán metido en la filosofía indostánica. Mátenme al maestro Baldensperger, que domina como un águila todas las literaturas de Europa. Pero basta ya, que los ejemplos son infinitos.

Así, pues, en México no podríamos trabar conocimiento con las matemáticas, porque no hay una manera mexicana de multi-

plicar el dos por dos, ni puede sacarse otro producto que el universal número cuatro. No podríamos escribir novelas, porque la novela es una importación tan extranjera como lo fue el verso endecasílabo en la España de Garcilaso. ¿Qué más? La lengua que hablamos nos ha venido de otra parte. Cierto que nosotros también, en una apreciable proporción, vinimos de otro mundo. Pero lo mismo pasa a todos los pueblos y razas, y de ello nadie se duele, ni nadie saca estorbosas consecuencias para su literatura y sus artes. La naturaleza está hecha de vasos comunicantes, y no hay que temer al libre cambio en el orden del espíritu. El mayor timbre de México, hoy en día, es el desarrollo de sus artes plásticas, que han alcanzado un carácter nacional fuerte y evidente. Y cada vez que el tema se atravesase, es bueno hacer saber a quienes lo ignoran, y recordarlo a quienes lo saben, que la gran sacudida de la pintura nacional es un fruto de la cultura, de la disciplina, de la erudición de nuestros mejores pintores contemporáneos, quienes comenzaron por absorber y digerir las enseñanzas universales de la pintura. El condimento mexicano –creedlo– es lo bastante fuerte para que no nos alarme la adopción de una que otra liebre extranjera. Todo lo que venga a nosotros, por nosotros será adoptado. Es ley de naturaleza. La tierra no tiene tabiques, mucho menos el pensamiento. Hay problemas que se resuelven con negarles la categoría y la dignidad de problemas: tal el que nos ocupa. Ríanse de mí, pero en este punto me siento lleno de confianza. Lo cual no quiere decir que simpatice con cuanto venga y caiga. Sólo que aquí no estoy exponiendo mis gustos, sino considerando el saldo social de una literatura. No defiendo a nadie, ni a Javier ni a Héctor, ni a Jaime ni a Germán: digo simplemente que no hay para qué alarmarse. «No va a pasar nada», como dice la gente. Nuestra

literatura seguirá adelante, rompiendo por las vicisitudes y hasta alimentándose con ellas. Lo único grave y amenazador sería la ola de pereza, porque evidentemente la literatura se acaba cuando dan los literatos en no escribir. En cuanto a mis simpatías personales en la hora que vivimos –para que nadie diga que me escabullo–, las doy equitativamente a todos los bandos, dondequiera que hallo buena calidad. Y en cuanto a mis esperanzas para mañana –aun cuando se diga que yo en eso soy menos que mediano o que sólo sé hacer otra cosa, pues éste sería otro cantar, y también puede suceder que el tenor suspire por ser barítono o viceversa–, quiero ponerlas en los que procuran una expresión nacional bajo forma elevada y noble, fácilmente comunicable a todos los pueblos. De ellos han de salir nuestros clásicos definitivos, los que nos den un nombre de familia ante el mundo. Antes de oponer el menor obstáculo a quienes se agotan en tan hermoso intento, yo rompería mi pluma.

Creía hasta hoy que lo mejor que se puede hacer en materia de educación es dar un buen ejemplo. Creí asimismo que la moda de los manifiestos, plataformas y programas estéticos es una inútil y aun nociva intromisión de la técnica política en las letras. Aunque tal manía tenga su abolengo, estas declaraciones sólo sirven, hablando a lo erudito, para fijar hitos y fechas, pero no para inspirar a quienes las firman y propagan. Consideré que no habría mejor consejo para la juventud literaria que el ofrecerle el espectáculo (¡feliz aquel que lo realice!) de una vocación constante y ardientemente desarrollada, a pesar de los contratiempos que en nuestro México y en nuestra época se hayan atravesado en el camino del escritor, contratiempos que a cada rato podrían desviarlo hacia las muelleces del abandono o las pendientes del rencor

–y, peor aún, de ese rencor que, por esconderse bajo el disfraz de «legítimo», es el más avieso de todos–. Pensé que las únicas leyes deben ser la seriedad del trabajo, la sinceridad frente a sí mismo (no confundirla con la mala educación para con los demás), y –digan lo que quieran las modas– una secreta, pudorosa, incesante preocupación del bien, en lo público y en lo privado. Tuve mano abierta para todas las tendencias artísticas, y manga ancha para todos los tanteos, sean audaces o balbucientes, cuando respondían a una necesidad. Admití que todo presta utilidad y todo rinde su adarme de provecho. Me ejercité –hasta donde puedo, que es poco– en la inmensa fe de ya no negar nada.

Deseé no clasificarme entre los «ismos», porque me importa tanto el desnudo como el traje con que se sale a la calle. Entendí –con el filósofo que la ha definido– que el reconocer por ahí una inclinación a la llamada «deshumanización del arte» no significa aplaudirla necesariamente como tal inclinación, pues el arte no se hace con inclinaciones, sino con obras, y lo único que interesa es que las obras sean buenas, inclínese para donde sea. Advertí, en la historia, que las literaturas nacionales se enriquecen más con la libre creación que con la creación de pie forzado que pretendiera ajustarlo todo a una previa «sofistería» teórica. Pero tampoco dejé de atender a un fenómeno cuya ejemplar reiteración debe hacernos pensar un poco: –Cuando la poesía se desencarriña de las realidades circundantes, puede decirse que vive gastándose a sí misma, y así va afinando sus instrumentos en una atmósfera de pura retórica. (Retórica no es un insulto para nadie: quiero con ella decir técnica o procedimiento; toda expresión tiene una retórica.) Mas cuando el afinamiento o desgaste llega a un punto exquisito, cuando ya parece que vamos a alcanzar el mundo de las

formas puras, en que sólo los dioses aguantarían la respiración, sobreviene una crisis. La crisis representa una ansia de objetividad, de nuevo alimento terreno, una sed de contenido. Y resulta que sólo la buena forma es capaz de captar el buen contenido, de suerte que los dos estados se completan como las dos partes de un mismo servicio espiritual. A veces, en sus manifestaciones parciales, los dos fenómenos conviven, se enciman una sobre el otro, o se desgarran entre sí un tanto. Pero el proceso no puede detenerse, por delicada, por hermosa que sea una cualquiera de sus etapas. Bienvenidas sean, pues, las crisis, que nada tienen de común con la muerte y que, si ciertamente traen peligros, son los peligros inherentes al mismo ritmo ascensional. Bienvenidas las crisis que tanto se parecen al madurar del segador con nuevo ánimo, cuando siente que la hoz está ya bastante afilada y las espigas bien maduras.

El hecho de que entren y salgan influencias no tiene para qué inquietarnos, y menos en literaturas todavía en estado de fluidez. Si hay ansiedad en el ambiente, será la expectación por los brotes inminentes que ya despuntan. ¿Queréis convenceros del movimiento? Sentaos a verlo pasar. Siga cada uno haciendo sus poemas, y Dios escogerá los suyos. Porque, por muy cándidas que sean las intenciones, sólo ha de resultar escritor el que de veras lo sea, caiga del lado que cayere. También Villegas, el de los sandios sáfico-adónicos, el del traído y llevado «céfiro blando», dijo que venía al mundo con la misión de regenerar la poesía española, ¡y se lo llevaron en las espuelas los verdaderos poetas, los que hacían poesía sin prometerla, y pegaban sin perder el tiempo en amagar! Lo que sí conviene es poner un poco de respeto entre un creador y otro creador. Hay calle para todos. Nada más estéril que los co-

madreos entre capillas. Nada más indigno de una joven literatura que el cultivar aquella impotente rabia propia de los medios –no necesaria ni exclusivamente europeos– donde la mala higiene mental estorba la gozosa circulación de estilos y maneras variadas. Y, sin duda, y por encima de todo, un sentido de continuidad. Deduciendo la resta de los pasos perdidos, saquemos piadosamente la suma de las conquistas hechas. El que pueda, que aproveche el total. El que no pueda o no quiera, no pierda el tiempo en negar tradiciones que a él no lo estimulan: que simplemente las deje a un lado, porque con negar no adelanta nada, y traiga también a cocer sus nuevos ladrillos en el horno común, que con todo ello ha de seguir construyéndose nuestro edificio. En suma: deje cada uno vivir al otro y, por su parte, procure hacer bien lo que tiene entre manos. Es el único precepto aceptable en la materia, y lo demás es artificialidad que asfixia, tósigo que corroe.

No sé si este sermoneo es oportuno ni si le importa a nadie. Se me vino a la pluma como un desahogo natural. Explíquenme mis amigos lo que pasa en México, no para que yo dé lecciones, que no podría, sino para que, como siempre, los siga, los acompañe y los ayude. Por acá sólo llegan nuevas de que desapareció –cosa de veras lamentable– la revista Contemporáneos y, de lejos, parece que tal desaparición, determinando un alto de respiro, ha dado ocasión a la querrela. Lo que de aquí salga nunca puede ser malo, todo examen de conciencia aprovecha. Entretanto, no me discuta más a mí el señor Pérez Martínez: no se trata de mí, y esto nos obliga a perder un tiempo precioso. Él no podría reproducir en El Nacional este largo alegato, y si me cita por fragmentos y frases, adulterará mi pensamiento sin remedio y me hará decir lo que no digo. A la distancia que estamos, cualquier objeción suya –aunque

él no quiera– tomará un sesgo de alevosía, porque mientras llega mi respuesta va a llover mucho y –dice el refrán– palo dado ni Dios lo quita. Podría hasta quemarme en efigie sin que yo me enterara, y sería cosa de risa cuando yo me presentara dos meses después asegurando estar ileso. Acudo, pues, a su buen criterio y a su hombría. Mire que yo no ataco, sino sólo me cubro. Mire que me doy cabal cuenta de que me ha punzado de intento para hacerme entrar en la discusión, y que no he vacilado en darle ese gusto, a pesar de las desventajas notorias en que me coloca la ausencia. Ahora, pues, en lugar de regatear conmigo, tómese más bien el trabajo de explicarme sus puntos de vista, que con ello me ilustrará y me tendrá más cerca, como él quería. Soy el primero en reconocer que su provocación fue animada por un sano propósito, aun cuando, de paso, rompió las trancas en la arrancada y se me salió de la justicia. Por eso, aunque no acepto discusiones sobre mi persona en principio, yo también quebranté la regla. Es él quien me saca al escarapate: si he tenido que hablar de mí será culpa suya, pues hasta hoy no se ha inventado otro medio de defensa, y las recriminaciones que me hizo no podían quedar desairadas. Ninguna de mis anteriores palabras podrá agraviarlo, si bien él, por su parte, confieso que me dejó algo herido. Reproches tan inmerecidos, y elogios también tan inmerecidos como los suyos, nunca se vieron lado a lado. Pero todos los elogios literarios, fruciosa y largamente bebidos, no podrían compensarme de que me quieran arrebatar la única virtud que aquí defiendo, y es la de ser un mexicano. Cuiden de otra cosa los hijos de las naciones que ya están de vuelta en la historia. Para nosotros, la nación es todavía un hecho patético, y por eso nos debemos todos a ella. En el vasto deber humano, nos ha incumbido una porción que

todavía va a darnos mucho quehacer. Yo diría, trocando la frase de Martí, que Hidalgo todavía no se quita las botas de campaña.

Río de Janeiro, 30 de mayo de 1932

*A vuelta de correo*, 1932; OC, VIII, 438-449



CARTILLA MORAL DE  
ALFONSO REYES FUE  
EDITADO POR LA  
FUNDACIÓN GILBERTO  
ALZATE AVENDAÑO  
Y LA SECRETARÍA DE  
EDUCACIÓN DEL DISTRITO  
PARA SU BIBLIOTECA

*libro al viento*

BAJO EL NÚMERO SESENTA  
Y SIETE Y SE IMPRIMIÓ EL  
MES DE ABRIL DEL AÑO  
2010 EN BOGOTÁ



Este es un «Libro al viento».

Es para que usted lo lea y para que lo lean  
muchos como usted. Por eso, cuando termine,  
devuélvalo y tome otro.

**DISTRIBUCIÓN GRATUITA  
PROHIBIDA SU VENTA**

CARTILLA MORAL

ALFONSO REYES

FUNDACIÓN GILBERTO ALZATE AVENDAÑO



Con el aval del Fondo Internacional  
para la Promoción de la Cultura



ALCALDÍA MAYOR  
DE BOGOTÁ D.C.

